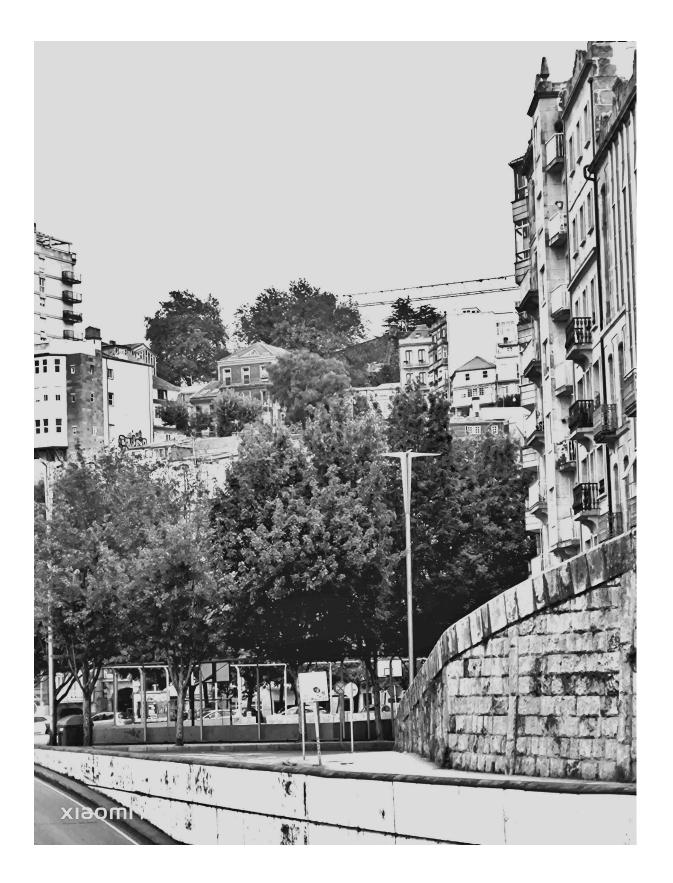
Nunca discutas con un robot Alberto Bartolomé Domínguez 18,08,2025



## Índice por títulos

- 1 Nunca discutas con un robot.
- 2 El fuego de una paloma
- 3 Muerde o muere

## Nunca Discutas Con Un Robot

Thone Tvesky

Alberto Bartolomé Domínguez

28, agosto, 2025

Ninguno de los personajes que acoge este libro es del todo inocente. Mis personajes nunca lo son. Pero, como en la vida, intentan seguir hasta el final de sus historias sin justificar. Está vez voy a intentar algo diferente, nunca sabremos qué es real, los personajes se ven sometidos a situaciones no deseadas como la guerra nuclear. No luchan con su conciencia, bastante tienen con sobrevivir. Pueden parecer víctimas de las situaciones, se desenvuelven buscando una salida prescindiendo del fastidio de lo sutil y lo cultural. Si bien, las historias pueden saber dónde se posiciona el final antes del primer párrafo, no siempre es así. Aunque pueda parecer que nada nos va a apartar de un posible desenlace concebido primordialmente para llevar el resto hacia él, la idea del momento que se lee es lo importante y por lo tanto capaz de prescindir de una conclusión. Precisamente, el hábito de la lectura debe nacer, en este caso, de historias y personajes que no desean jugar con el lector, simplemente se exponen y se dejan acompañar, como aquí pretenden. Tal vez sean cuentos ensamblados, aún no sé qué saldrá de aquí, pero tengo una idea.

Me gustaría que mis historias fueran guiones para cómics, pero los dibujantes ya tienen bastante trabajo como para soportar las ideas extrañas de guionistas principiantes e inadaptados como yo: por eso me conformo con las palabras, que no es poco.

Nacimos para ser amados, el soldado en la batalla, el hombre de éxito en su búnker de cristal, el astronauta solitario o el intrépido cowboy, todos tienen un amor al que permitirán romperle el corazón.

A los treinta años empecé a sospechar que sólo los que llegan a los sesenta, dirán algo interesante, porque sólo entonces tienes elementos para posicionarte. Hay algunos que ni con setenta años han aprendido nada interesante, porque se asocian al éxito y la popularidad, y lo ponen por delante de todo.

Durante al menos treinta años, desde muy joven, hice lo que muchos escritores, usar la disciplina como los crucigramas, escribir como distracción, casi como terapia. No daba ningún valor a la historia. Analizaba párrafos, complicaba lo que decía con metáforas irrelevantes, porque improvisaba y le iba dando forma sobre la marcha a lo escrito; ocultaba el argumento.

Es lo que algunos llaman escribir sin decir: ni explicar, ni aclarar, convertir leer en un placer en sí mismo, sin argumento.

Ahora, antes de saber de qué va la historia, no empiezo. No es mejor ni peor, era un camino que había que andar.

Me he posicionado en un mundo que resulta muy cruel e injusto, el trabajo no ha sido fácil, he vivido la muerte de familiares cercanos. Los años han pasado implacables. Envejecer es una lección de humildad.

He sufrido lo que todos, desprecios, ingratitudes, traiciones, mi propia ambición, el ego. Vivir es peligroso, y surgen traumas inesperados.

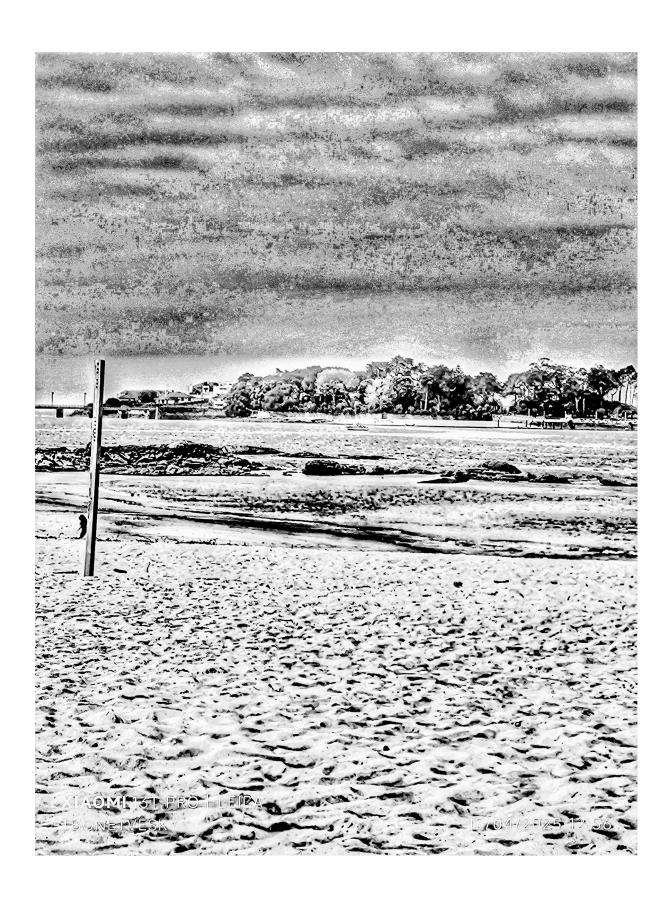
Cuando empiezas a perder energía todo es más triste. La juventud es energía cado un deporte, eso da mucha felicidad, sabes que puedes, aunque no siempre lo demuestras, pero intentas superar todos tus hándicaps, porque crees que puedes.

Resumiendo, a una edad madura crees conocer tus límites, eres mayor pero te has situado en la vida y acerca de las injusticias que te rodean. Puedes proveerte de una idea general de cómo lo has visto todo, cualquier historia por rara que sea. Además es una terapia, siempre lo digo, se escribe para saber lo que piensas y conocerte.

Eso de que la fortuna no hace al hombre, es muy cierto, la prueba la tenemos en el presidente Trump y el multimillonario Musk, son dos monas, dos niños ricos jugando con el sufrimiento de la gente, en sus empresas y ahora en el gobierno.

Supongo que algunos pueden escribir sin posicionarse sobre Gaza, pero deben ser letras muy pobres. Gaza no ha sido una guerra, ha sido genocidio.

Cualquier historia de ficción lleva grandes verdades aprendidas entre líneas. También somos lo que la vida ha hecho de nosotros, a nadie se lo pone fácil



## En el taxi

Al fin se iban aclarando las cosas entre ellos. Nadie lo habría expresado mejor, no soportaba que fueran sólo amigos. Tenemos delante un personaje increíble, una chica dejando atrás su adolescencia, en un programa estatal para ser astronauta. Es decir, desde niña ya todos sabían que iba a ser, no sé lo preguntaban. Sus padres habían sido científicos que trabajaban con virus. Habían muerto los dos, desde entonces, el gobierno había enfocado toda la vida de Jaiva Blue para que fuera una excelente astronauta, los juegos infantiles, el colegio, sus lecturas, lo que era entretenimiento y lo que no, todo la enfocan a lo que un día iba a ser. No lo pueden controlar todo, por supuesto, ella tenía sus distracciones, su propia forma de pensar sobre todo esto, pero huía y vagaba por las calles sin rumbo, la buscaban, la llevaban de vuelta al programa y un lavacerebros (un psicólogo), le hacía ver la conveniencia de no ser tan libre.

Desde muy niña, se dieron cuenta de que le hacía falta un compañero que cuidara de ella. Un Termohero, la última generación de robots que se quedaría obsoleta en un par de años, todo iba muy rápido.Su nombre era, Tilo el robot tierno, como jaiva le llamaba.

La discusión en el taxi era recurrente, ella no podía entender que lo tratase como un humano y que él se resistiera a someterse a esa categoría, como si ser humano fuera perder lo mejor de sí mismo. No era extraño que pensase así, la mayoría de los humanos son gente muy mezquina y envidiosa. Las vidas vacías les hacían observar las vidas ajenas para convencerse de que eran mejores de lo que eran en realidad.

-¿De qué mierda me hablas? Yo puedo poner bastante amor si me lo propongo, en todo lo que hago -dijo ella muy excitada. El taxista tenía un enorme parecido con la cara del artista en el video que sus padres escuchaban mucho, El Fary, el cantante que culminó la canción en nuestro país, en el siglo veinte. Sólo equiparable, a lo que Frank Sinatra había propuesto en el suyo, pero más real, tal vez por eso también le gustaba aTilo. El doble del Fary no dejaba de verlos por el retrovisor muy divertido.

-Pero querida... Tú sabes el aprecio que te tengo, y también, que no puedo hacer algunas cosas precisamente por eso -el tono era un lamento. Estaba dotado en todos los sentidos. Jaiva había cambiado algunas prohibiciones en su memoria para hacerlo más humano. Posiblemente, el taxista jamás imaginaría que había llevado un Termohero en su taxi. Para él era una discusión de enamorados e intentaba poner paz-. Tal vez te parezco cruel, los dos sabemos que no depende de mí, tengo mis principios grabados y me creas grandes contradicciones.

-¡Ahora la has jodido de verdad! ¡Me tienes muy harta! -a veces Tilo conseguía sacarla de sus casillas.

Era de noche y llovía. Circulaban pocos coches por la calle.

Jaiva Blue sintió un escalofrío. No podía con él. Era una vieja historia. Así era la gente en aquella ciudad, resultaba imposible sacarles un poco de empatía y Tilo había aprendido a ser uno más.

-No puedo ponerme en tu lugar, pero puedo adivinar cómo te sientes. Crees que el mundo te lo debe, un día te darás cuenta que nadie te debe nada.

Cada tiempo tiene sus héroes, incluso sus dioses, y ella debía serlo, lo creía sinceramente. Una reina de su tiempo, pero, debía decirlo, ¡Le estaba dando mucho trabajo!

Por su parte, ella no estaba de acuerdo, habían hablado de ello otras veces. La imagen que le devolvía el espejo, era bastante cruel, tal vez de una rebelde, en ningún caso, de un héroe. Con tanta claridad como si hubiese sucedido ese mismo día, podía recordar el día que le dijeron que sus padres habían muerto y le habían presentado a Tilo. Nunca supo si le puso un somnífero en la leche, pero esa fue la primera noche que había podido dormir desde el anuncio de que era una pobre huerfanita sin otra familia.

Hay una pausa. Jaiva se rasca un hombro con rabia. Después se echa hacia atrás y se frota la espalda contra el sillón. Se inclina hacía un lado y se apoya en Tilo, él apenas se mueve. El noventa por ciento de las probabilidades de que el taxista los esté observando es un porcentaje bajo. Ella no suele incomodarse por tocar otros cuerpos, mucho menos el de Tilo, lo conoce desde niña. Él la ha llevado en brazos del sillón a la cama en infinidad de ocasiones cuando era niña y se quedaba dormida viendo los dibus. Tilos adopta una expresión de indiferencia, sabe que lo toca accidentalmente. Gira la cabeza y mira hacia afuera, ella se incorpora y vuelve a su sitio. El taxista se ha frotado los ojos. Fugaces luces de coches que llegan de frente pasan a su lado. El interior se ilumina por un instante, pueden ver los ojos del taxista en el retrovisor. Tilo le ofrece un billete, el Fary con acento marroquí le da las gracias y le devuelve el cambio.

"Chicos no discutan, el hombre es el complemento de la mujer, si es aceptado. No discusión buena, ¿Vale?" -el taxista se comía los verbos y los artículos, pero se hacía entender en su esfuerzo por aprender el idioma.

Todos ustedes podrían pensar que a un robot no le importa el dinero, se equivocarían. Tendrían que conocerlo bien para saber qué llevaba las cuentas con precisión, que sabía cuánta propina dejar en cada situación, pero que era un poco "rata", Era de lo que menos gustaba de él. Pero bueno, Jaiva no podía imaginar a alguno de los chicos que conocía siendo más espléndido. Era una costumbre muy extendida en los últimos tiempos. Iba por rachas, no hacía tanto, los jóvenes con trabajo disfrutaban sacando un fajo de billetes para pagar las copas en los Pubs. No creo que fuera por prepotencia o por menospreciar a otros. Al final, Jaiva no tenía problemas para tener acompañantes, algunos no le duraban más de un mes, pero había otros méritos que la hacían aceptar, o no, a un acompañante.

El dinero importa, sobre todo a los que más lo necesitan, podrían romperse la cara por una pequeña cantidad si se sentían engañados. Para tener una idea clara de cómo habían llegado a ciertas costumbres, debemos tener en cuenta que tanto el robot como Jaiva, estaban tutelados por el Estado.

La impresión que causaba Tilo de hombre mayor y responsable, chocaba con la imagen de joven irresponsable de su alumna. El taxista imagino una relación así por cómo se comportaban, hombre mayor, serio

Y todo lo responsable que cabía, en una relación con una alumna. No estaba mal pensado si por lo que parecía se trataba de una discusión entre amantes. Aquella alma mecánica se estaba metiendo en pormenores que hasta entonces habían sido feudos humanos. ¿Habría sido dotado para aprender también sobre eso? Físicamente parecía que sí, aunque nunca había besado a Jaiva. Ese tipo de pensamientos no eran propios de él. Alguien había retirado los límites de pensamiento que los creadores ponían a las máquinas. Él se consideraba a sí mismo un eslabón de la creación mecánica que sobrepasaba a los humanos en la mayoría de sus disciplinas, ¿Por qué no el amor?

En todos aquellos años, había limitado su aprendizaje dedicándose al cuidado de la niña. Los amigos hubiesen sido una plataforma de aprendizaje, pero los padres, en las familias también reducían su margen de maniobra y relegaba sus diversiones con amigos, algunos las hacen desaparecer. Claro que él no era su padre, ella lo prefería y no pretendía pasar

por ello. Con el paso de los años, Tilo había aprendido a no hacerse preguntas del estilo: ¿Qué hubiese sido si...? Eso le había ayudado a centrarse en dar respuesta a las cuestiones que planteaba una vida en común con su astronauta juvenil. En los momentos más reflexivos, se encontraba a sí mismo profundizando en los sombríos momentos de la confusión humana y de qué forma les afectaba el dolor y la tristeza por perder a los seres queridos. Eso tenía mucho que ver con el comportamiento general de su pupila y, en la parte que le tocaba, ser considerado como familia. Si ella llegaba a casarse, tener hijos y todo lo que eso representaba, ¿Seguiría él siendo parte de la familia, o lo venderían?

A medida que los años pasaban a su lado, había notado que ella confiaba en que su vida podía convertirse en una sucesión lógica de acontecimientos, sin grandes sorpresas. La inesperada orfandad contribuyó a la inseguridad y la había llevado a pensar que nada era real ni seguro. Como digo, el paso de los años ayudaba en devolver el sosiego y la confianza, a un cerebro que se estaba formando. Pero al mismo tiempo, le creaba nuevas necesidades que él no debía confundir con confusa rebeldía. Prefería pensar que siempre había algo de memorable inteligencia en las aparentemente absurdas reacciones. Las situaciones eran cambiantes, ella podía tener amigos y amantes, el piso no era grande y asistía a absurdas conversaciones que no aportan mucho a su formación y memorización, porque la memorización se activa con la importancia de lo que tiene que ser memorizado. Tenía conversaciones con sus amantes, tan simples y superfluas, que Tilo las olvidaba al instante o las ponía en espera. En días de lluvia que no podía olvidar, mientras veía un concurso de preguntas y respuestas en la televisión, podía oírla con aquel chico pelirrojo en su habitación. Ya no era una niña, la secuencia lógica y coherente del crecimiento, no podía llegarle por sorpresa pero no le hacía sentirse muy cómodo. Aparte de observar los cambios de humor de Jaiva, los cambios de mobiliario y gustos, no le eran ajenos, es más, no le quedaba otra que ayudarla a mover muebles llenos de libros, sillones y la televisión.

El taxista les preguntó si habían oído lo del OVNI, observando cuerpos desnudos en la playa nudista.

Jaiva abrió la puerta, bajó del taxi y respiró profundamente. Tilo sentía una fascinación inconfesable por las pasiones humanes, y el sexo era una de sus preferidas. El sexo y el juego compulsivo, eran dos cosas que hacían sentirse a la gente viva aunque en muchos casos les arruinaba la vida. Había visto una película de un ángel que quería sentir la pasión de los hombres. En eso se parecían, pero él no era un santo, ni siquiera tenía interés en ser un mártir en la tradición humana. Ya de sentir pasión, que fueran cosas placenteras, no torturas media ales ni nada parecido.

Un OVNI a muy baja altura había estado observando una playa de mujeres nudistas. El hecho de que en aquella playa no hubiera hombres, tenía que querer decir algo pero no sabía bien aún qué. El aparato interestelar se había movido muy bajo sobre sus cabezas, lo que había provocado una estampida en diferentes direcciones, en algunos casos direcciones contrarias de una masa de pechos y traseros que se dividía y cambiaba de dirección en grupos más pequeños. ¡Alucinante! Cuando parecía que las mujeres no podían seguir corriendo, unas se adentraban en el mar, y otras caían de rodillas como en el circo romano recreado en el film "Quo Vadis", ya sólo esperando y aceptando,caer devoradas. Entonces, el aparato había cogido altura y había salido despedido como una bala hasta desaparecer.

Por supuesto que Tilo podía atribuirse todo el mérito de haber educado a la chica, porque sólo él había pasado toda su infancia a su lado. En los tiempos de robots no era tan extraño que los padres comprasen un mecánico para cuidar a sus hijos. En este caso, Tilo había sido toda su familia.

Habría que ser un experto para distinguirlo o encontrar las diferencias con un hombre. Por eso ni Jaiva había incidido en la diferencia, y lo había tratado con la naturalidad con la que trataba a los adultos. El, por su parte, comprendiendo que a ella le agradaba que así fuera, y se esperaba por ser humano. Cuando Jaiva empezó a ser mujer, y su cuerpo se volvía más y más lleno de curvas, en una ocasión se desnudó delante de él, y Tilo le había pedido que en adelante intentará ser comedida al respecto. "¿Me he sonrojado?", le preguntó, a lo que ella respondió que no. Poco a poco , Jaiva había llegado a ver y sentir por él, lo mismo que sentía por cualquier persona.

En el taxi, Tilo se había sentido confundido con la reacción del taxista, cuando al bajar ella primero el doble del Fary le había dicho, "tienes mucha suerte, esa chica es muy bonita y muy joven".

Al bajar la siguió y le dió alcance cogiéndola por un brazo.

- -¿Estoy sonrojado? -preguntó.
- -Aún no, pero sigue intentándolo.

Es posible que los enfados que Jaiva tenía con él, se debieran a una atracción (también sexual) irrefrenable. Prefería no pensar en eso, él podía darle el gusto en casi todos, pero eso no quería decir que tuviera los mismos deseos, o que el sustituto de ternura que tenía pudiera ampliarse de algún modo. El papel de macho fornido y atractivo que representaba le hacía tener algún malentendido con otras mujeres, pero hasta el momento había sabido salir bien de la posible confusión sin necesidad de descubrir su realidad.

Para una joven adolescente sentir tanto por Tilo, era frustrante. Tener que seguir sus enseñanzas, entre las cuales, debía también aprender a no encariñarse con él, era una forma de poner sus emociones patas arriba. ¿Acaso un robot no sabía que los humanos no mandan en lo que sienten? ¿Acaso no saben que reprimir lo que se siente a veces resulta imposible? Los mejores creadores de robots con apariencia humana, sabían que no debían dotarlos con rasgos humanos sentimentales. Era necesario tener prototipos que no perdieran la calma. Que no se sienten tan comprometidos con las emociones humanas, pero ya habían avanzado tanto en sus estudios que de lo que se trataba entonces, era negarles algo que ya estaba a su alcance. Jaiva, dentro de sus posibilidades, intentaba modificar esos caracteres. Estudiaba para saber lo que tenía que hacer. Eran operaciones arriesgadas, temía tocar algún sistema de memoria de Tilo, que le hiciera olvidar todo el tiempo que habían pasado juntos. En un humano eso sería convertirlo en un vegetal, con vida pero sin capacidad de recordar y por tanto reconocer. Si algo parecido le pasase a Tilo. lo podría hacer de nuevo operativo, pero su vida empezaría desde ese instante. No tendría conciencia como en el presente la tenía, de quién era, cómo había vivido, cual había sido el objeto de esa vida atómica, y ser consciente y capaz de diferenciar, de qué momentos habían sido de calidad. Había aprendido a diferenciar lo que Jaiva llamaba momentos maravillosos, y por alguna razón les tenía una especial estima. Ahora bien, eso no significaba que se estuviera volviendo emocional, por mucho que ella lo deseara.

Tal vez no era feliz, pero él no podía creer que fuera su culpa. No podía darle todo lo que deseaba, eso también formaba parte de su educación. Sin embargo, en lo que se refería a su medicación, no podía negarle cualquier cosa que la tranquilizara. Bien podría ser que nunca llegase a recuperarse por completo de una infancia desgraciada, huérfana y al cuidado del gobierno. También podría ser, ¿por qué no? Que fuese su postadolescencia lo que añadía un punto de acidez a esas heridas. Supongo que cuando uno ha sufrido prolongadamente, sin ver un fin en el horizonte, y de pronto se planta en una edad en la que cree que merece todo lo que se proponga, que su robot siga poniendo problemas, no debe ser lo más adecuado.

Si Tilo había visto a Jaiva en ropas menores, incluso desnuda, debido a los años de cercana convivencia, también debemos suponer que ella lo había visto en alguna ocasión totalmente desnudo. El cuerpo de Tilo era idéntico al de un hombre, casi humano. Y si hacemos un alarde de imaginación, también podemos pensar que ella lo hubiese visto algún día en la mañana, recién levantado con una erección de caballo. Para una jovencita, tal situación, esa forma de vida tan particular ¿podía llevarla a sentir algo más que respeto por su robot?

Así, moviendo nuestros pensamientos, a veces, nuestras intrigas, entre las líneas de esta historia, muy lejos de haber vivido nunca una situación semejante, deberíamos intentar ver a Tilo como un colaborador modélico. Es decir, por su naturaleza, debemos alejar de sus reacciones toda malicia.

-No necesitas seguir así. Llenando tus recuerdos de los ausentes permanentes -Tilo le llamaba ausentes permanentes a tipos que siempre estaban dispuestos a volver con sólo que les silbase. Ella no esperaba demasiado de las cortas relaciones, pero él último de ellos parecía buen chico. Había salido disparada para casa porque **Giorgio** había dicho que tenía libre y llegaría en cualquier momento.

Entonces ella lo miraba con un reproche, no le gustaba que tocara sus temas íntimos alegremente. Le mostraba su dedo anular sacándolo entero de su enorme puño. A Tilo le hacía gracia cuando le hacía eso, no tenía capacidad de ofenderse, pero sabía lo que significaba. Las emociones modificadas y simuladas de Tilo eran un intento de hacerlo parecer más humano, y sus reacciones eran tan reales que cualquiera podía llegar a dudar si no avanzaba en ese campo, como lo hacía con otros aprendizajes.

Para una noche tan especial, le había puesto sábanas limpias, una rosa amarilla en un vaso de agua y lo había perfumado todo convenientemente. Giorgio llegaría en cualquier momento, pero ninguna de sus atenciones tenían que ver con él, lo hacía porque no quería que Jaiva perdiese su perspectiva y se convirtiera en una mujer dura y seca. Es decir que llegase el momento de recibir a sus amantes en casa como una costumbre. Eso le provocaría inestabilidad emocional, inseguridades y posiblemente enfermedades. El único interesado en que ella tuviera un equilibrio sentimental parecía ser Tilo, y como Giorgio le parecía adecuado, "ponía toda la carne en el asador".

- -Giorgio parece un chico adecuado para una buena mujer.
- -Desde luego. Estoy segura de que no le costará encontrar una -replicó ella irónicamente. Tilo tenía habilidades muy avanzadas, y podía pillar al vuelo ironías que ella dejaba pasar sin entenderla del todo
- -¿Por qué no le dices a mis amantes que no se sientan comprometidos y que sólo los utilizo? Eso me ayudaría más que tus intentos por buscarme una pareja estable -Jaiva había sido una alumna aventajada, pero había llegado a esa edad en la que pensaba que todos tenían algo que aprender de ella. En su caso no era tan extraño, porque tenía un coeficiente mental muy alto

-Ahora tienes suficiente información para saber cómo es el mundo y como quieres estar en él. Sé que tú también me formas a mí y me haces a las nuevas costumbres que adquieres. Debo aceptarlo, en realidad siempre lo hice. Nunca dejé de observar y aprender. Es sólo que ahora tengo que interpretar tus frases y cuando muestras tus deseos, porque es infinitamente más difícil descubrir por dónde va esa cabecita.

Es cierto que el último siglo había supuesto un decidido avance en la robótica. Las empresas querían trabajadores que no crearán conflictos sindicales, pero sobre todo las familias pudientes, se adherían a la moda de tener profesores mecánicos en casa y que sus

hijos no se tuvieran que ser sometidos al pensamiento común. Sin embargo, Tilo lo sabía muy bien, él era y representaba para su alumna mucho más que eso.

Acelerada por la cafeína de un nuevo refresco de frutas, Jaiva se ponía cómoda, se duchaba, se lavaba los dientes, recogía platos con restos de comida del mediodía, ponía cojines en los sillones. Se movía con rapidez. Nadie era capaz de hacer más cosas a la vez que ella cuando se aceleraba.

Giorgio no tardó mucho. Estuvieron viendo las noticias. Las naves extraterrestres parecían tener preferencia por permanecer sobre playas llenas de gente. La última polémica de los tertulianos se trataba de aceptar que los alienígenas al fin habían llegado, y saber si la decisión gubernamental de no mostrar hostilidad, era lo mejor en tal situación.

-Deberías aspirar a un compromiso serio. Tener un hijo es lo mejor, es un buen proyecto. Le da sentido a la vida -dijo Tilo rascándose la cabeza como un gesto aprendido. Tenía una buena colección de gestos recurrentes para hacer una conversación más natural y que pareciera que tenía profundos pensamientos.

-¿Y qué sabes tú de eso? -Respondió que no sabía que era un robot, pero lo consideraba como el viejo tío solterón que no ha experimentado lo suficientemente

-¡Tocado! -Tilo sabía que a Jaiva no le gustaba que entrase en temas personales si había extraños delante. Se lo decía mucho, y el incidía porque era de la opinión, de que su trabajo como educador no le estaba quedando del todo bien.

-Huele bien, ¿Qué es? -El muchacho parecía estar a gusto a pesar de todo. Todos los amantes de Jaiva lo estaban, se acomodaron y la chica tenía que echar mano de ácidas ironías para deshacerse de ellos.

-Voy a hacer un bizcocho. Estoy preparando un poco de crema antes de ponerme con la masa -Tilo fue a la cocina y volvió con un delantal de corazones estampados.

-Vale, que te sea leve -Jaiva cogió a Giorgio de la mano y lo condujo a su habitación.

Mientras volvía a su tarea protestaba entre dientes por lo poco que ella ponía de su parte para hacer que su tarea no fuera tan difícil. Desde hacía un tiempo interpretaba que aquella forma seca de comportarse podía tratarse de un castigo por decir cosas con las que ella no estaba de acuerdo. Tenía que tener cuidado, había entrado en esa edad después de la adolescencia, en la que los jóvenes creen saber lo suficiente de la vida para que todo les empiece a parecer bien o mal. Si ella tenía su criterio sobre todo, podría aprender cuál era ese criterio para estar preparado, no le gustaba que lo pillara por sorpresa. No dejaba de pensar en ello al amasar y echar un poco más de harina al conjunto. Lo hacía con una paciencia casi amorosa. Al terminar de darle forma lo metió en el horno y la casa se llenó de ese olor navideño en unos minutos.

Oyó la puerta de la habitación, era Jaiva. Pasó a su lado sin sujetador, pero al menos aún llevaba puesta su diminuta braguita. Deberían ir de compras, la niña no dejaba de crecer. Pasó a su lado y extrajo dos cervezas de la nevera. A continuación volvió a la habitación y él oyó que cerraba la puerta. En esta ocasión no necesitaron hablar.

Fisgoneando a través del visillo de la ventana que daba a la calle, comprobó que la gente se había retirado a sus casas. Era noche avanzada y en un rato empezaría el baile, en tal caso no sería conveniente que hubiera curiosos por allí. Se sentó muy erguido, cuello y espalda en posición, rectos. Era lo que solía hacer en esas ocasiones, poner las manos sobre las rodillas y quedar semi apagado. Se trataba de quedar en espera, o lo más parecido al sueño humano. Por fortuna, finalmente Jaiva no había comprado el loro que había deseado tanto tiempo, porque los ruidos y gritos que le provocan sus amantes eran parecidos, y ella no hacía nada por disimularlo. Para Tilo hubiese sido muy incómodo tener el pájaro repitiendo esos sonidos cuando le llevaban el pedido del súper, alguien cobrando

una factura o el presidente de la comunidad para cualquier asunto doméstico. Con respecto al tema de los ruidos, Jaiva era muy consciente de que él grababa todo lo que le producía extrañeza, señal de vida, o ruidos o conversaciones poco claras o que pudieran necesitar ser revisitados para una aclaración. En tal sentido, cuando el presidente de la comunidad había tocado la puerta para pedirles que no abrieran a extraños porque habían detectado gente orinando en la escalera, le había sido muy útil repetírselo a Jaiva para convencerla de que no era un capricho suyo. De fábrica su modelo no mentía, pero el día que la chica lo todo por dentro liberando sus partes más reales, la mentira se había quedado y desarrollado a niveles desconocidos, casi tanto como la ironía. Estaba encantado con ese cambio, porque una vez más todo hacía que su forma de elaborar pensamientos se parecieran como dos gotas de agua. Elaborar nuevos pensamientos, lo que se dice que una cosa llevará a otra, es lo más parecido a la imaginación para un mecánico.

No se movió en toda la noche de su silla, ni siquiera cuando cesaron los gemidos para comprobar si su protegida dormía apaciblemente. El susto que se habría llevado Giorgio si en mitad de la noche hubiese notado que se abría la puerta de la habitación, y su enorme cabezota se asomaba a curiosear.. El horno llevaba mucho rato apagado y él no se movió hasta el amanecer Entonces se levantó y lo primero que hizo fue comprobar la temperatura del apartamento y que el horno estuviera frío. Sacó el bizcocho, lo dejó sobre la mesa y preparó café.

La.miró llegar a la cocina, se había puesto un pijama. En ocasiones sentía pudor, a él le daba igual, pero ella, a ratos, podía perder la consciencia de su naturaleza.

Le costó poner a Giorgio en el pasillo. Había tenido mucha suerte, hasta entonces todos sus amantes se resistían a partir, querían estar con ella todo el tiempo. Era cuestión de tiempo que llegara uno más independiente que fuera a lo suyo, que llegara, estuviera un rato en la habitación y no se quedará a dormir. Ese tipo de hombres existen, se decía Tilo, van a lo que van, sin complicarse y "salen por piernas", y era posible que cuando apareciera a ella le gustase. Había una posibilidad. También podría ocurrir que no, y no quiso entrar en porcentajes. De lo que estaba seguro era de la ausencia de felicidad que le producían las relaciones esporádicas.

- -Los hombres sois unos idiotas -dijo con su habitual mal humor por la mañana.
- -Creo que te comprendo -respondió-. Yo sólo soy un ser atornillado.
- -Perdona, tu aspecto de maduro interesante, hará que termine por cogerte manía como al resto.

Era desgraciada por no poder llevar una vida parecida a la de la mayoría, casarse, tener hijos y divorciarse antes de los cuarenta. Era como la mayoría de las chicas, algo en ella la inclinaba a la normalidad, pero el firme convencimiento de que no servía para tanto, se lo impedía. El mal genio era una constante en los días que tenía un nuevo amante, cambiaba de chico como de salvaslip. A pesar del mal humor por haber constatado que Constantín tampoco era lo que buscaba, Tilo sabía que le ofrecía seguridad saber que,aunque le fallaran todas sus conquistas, con él podía contar para siempre. Que si el edificio ardiera y el hubiese salido en ese momento, entraría a buscarla y no saldría hasta encontrarla y ponerla a salvo, aunque el material gomoso del que estaba recubierto se derritiera como el caucho y todas sus conexiones pudieran quedar dañadas. Para él, su propia seguridad era algo muy secundario. No era extraño que un robot que había sido creado para formar a una pequeña huérfana para la vida y como astronauta, de pronto se manifestará como un superhéroe de cómic de los setenta. Al menos para él no lo era. Ella podía resistirse a creer que élnera su familia, mejor que una familia en algunos aspectos, pero así eran las cosas, y cuanto antes se acostumbrase a ello, mejor para los dos.

El bizcocho estaba muy bueno, como siempre. Le puso un poco más de café y le dio tiempo para que se fuera despertando.

La idea de que ella hubiese empezado a pensar en él como un mero juguete sexual le desagrada. La chica tenía que desarrollar su ternura, la dulzura que se espera de los seres humanos, y no estaba seguro de poder responder a ese tipo de expectativas. Si estuviera seguro de que la podía enternecer y cubriera en ella esa necesidad,tal vez se lo pensaría, pero en ese momento, rechazaba la idea de convertirse en uno más de sus amantes presentes ausentes, y seguir siendo su mejor confidente.

Le pareció que el efecto de un desayuno contundente, empezaba a hacer su efecto, que las mejillas cogían color y que le sonreía.

-Gracias por el desayuno, no sé qué haría sin tí.

Dejó la loza en el fregadero, le puso la mano en un hombro y se fue a duchar. Él se levantó, puso el lavavajillas en un estropajo y lavó el pocillo.

Definitivamente, tenía que aceptar algunas inesperadas reacciones de Jaiva. Lo de ver pasar chicos por su habitación no era muy edificante y no tenía mucho que ver con la idea de la educación que pretendía comunicar. En realidad, tal y como iban las cosas, ese tipo de nuevas costumbres ya no eran tan inesperadas. Para un profesor humano también debía ser decepcionante que sus alumnos olvidarán pronto y voluntariamente, algunas enseñanzas que se interponían en lo que sentían, en su desarrollo, y como no aceptar las limitaciones que le proponía. Cómo si se tratará de un juego de distracciones, esas lecciones que la invitaban a reprimir deseos inmediatos, prefería observar el vuelo de una mosca que tenerlas en cuenta.

Pretendía estar a la altura de los humanos y cómo manejaban la información que les ofrecía. En ocasiones tenía que reiniciarse y partir de un nuevo camino que las necesidades emocionales de Jaiva proponía. Ella era su razón de existir, lo confundía, le daba trabajo hacerla caminar por el camino correcto, pero valía la pena enfrentarse a nuevos retos.

Hay momentos que llegan cargados de motivos acumulados y que lo cambian todo. Un día, la niña había llevado a un novio a casa, y desde entonces se había considerado una adulta que podía prescindir de la mitad del programa formativo.

Aquellos maravillosos paseos en los que podía lucirse con su refinada formación, se habían venido abajo.

Por otra parte, los vestidos ajustados, las miradas maliciosas, los tacones altos, los perfumes caros que él mismo le compraba, los comentarios sexuales acerca de sus parejas y sus torpezas, en fin, la nueva Jaiva abría un nuevo campo de incertezas que descubrir.

Caminaba cargando las caderas, insinuándose, se inclinaba para recoger los platos de la mesa hasta dejarle el escote delante de los ojos, e involuntariamente podía seguir la luz de aquel túnel hasta su ombligo, imperturbable como era él.

- -No me mires los pechos fijamente, no soy tú puta.
- -Eres muy injusta. Lo sabes.
- -¿No mirabas?
- -No como pretendes. Eso te funciona para humillar a esos pobres chicos, pero no conmigo.

Jaiva se hizo la enfadada y salió a pasear. Los lunes le gustaba hablar con los turistas que buscaban alguien para que les dieran indicaciones. Quería ir a la playa y ver el fenómeno de los platillos en suspensión. Las bañistas siguen yendo a ponerse al sol, algunas completamente desnudas. Es como si adivinaran que están siendo estudiadas y disfrutarán mostrándose. El gobierno no quiere un conflicto y también está dispuesto a soportar esta

situación, que no desaparece pero al menos no avanza. Todo el mundo parece acostumbrarse a esta situación. Los turistas están encantados con este nuevo entretenimiento. No sé cómo, pero de alguna manera, las personas del lugar han adivinado que el interés de los aliens es por las mujeres, así que los hombres han dejado de ir. Se ha convertido en una playa de mujeres desnudas, cubiertas por un número variable de platillos. Entre cinco y diez, dependiendo del día y la hora. Simplemente observan. Se quedan allí en suspensión y esperan.

Jaiva le dice a los turistas que sigan la costa. Pueden ir andando no son más de cuatro o cinco kilómetros. Jaiva disfrutaba haciendo amigos, les daba la mano, a veces se despedía con un abrazo. Le gustaba el contacto físico con desconocidos de los que no esperaba nada malo. Aquella gente no parecía desear nada, más que sacar unas fotos, y comprobar por sí mismos que los extraterrestres no eran una invención de la prensa amarilla. A veces pasaba que se inventaban hecho extraordinarios para entretener a la gente y tenerlos distraídos de algún acontecimiento político importante.

Habría sido muy cruel por parte de los ciudadanos locales, mandar a los turistas en dirección contraria y crear aquella imagen que ya flotaba en el ambiente, de gentes de estupidez supina, contentos de volver a casa con sus fotos para presumir con sus amigos,

Jaiva hacía un trabajo muy necesario sin cobrar con ello, y si podía intimaba con algún hombre mayor, al que su mujer dejaba plantado a pie de playa. Era como una hipnosis. No todas las mujeres podían sentir aquella influencia parapsicológica, pero algunas, dejaban sus cámaras fotográficas allí mismo, desnudaban y se incorporaban a sus compañeras para tomar el sol sobre la arena de la playa, sin remilgos ni preguntas.

Así conoció Jaiva a Jessy Floyd, doctor especialista en cuestiones de la piel.

-¡Vaya mala suerte Jessy! Esto si que no me lo esperaba -dijo ella que los había ayudado feliz sin esperar aquel desenlace-. Había oído que esto a veces sucedía, pero nunca había asistido a esta reacción tan loca. Parece como si fuera dirigida. No mueve los ojos, no parpadea.

Se hubiese reído, si su nuevo amigo no le hubiese parecido tan triste y contrariado.

-Es lo mismo, hicimos este viaje porque necesitábamos encontrarnos de nuevo. Hace tiempo que vivimos como si no nos conociéramos. Estamos a punto para el divorcio -afirmó con un lamento.

Dieron unas vueltas por la ciudad. Tomaron helado, vieron piezas de arquitectura clásica muy estimable, y todo ese tiempo, Jessy Floyd portó la ropa de su mujer con paciencia.

-¿Sabes Floyd? Eres un tío increíble, de haber sido otro hombre, hubiese metido la ropa de su mujer en una papelera, hace rato. El no quería demostrar un exceso de autocompasión e hizo como que no la había oído. Por una parte, disfrutaba del paseo con una chica tan joven que podría ser su hija, incluso su nieta. Alguna gente piensa que compartir momentos de ocio con estudiantes, adoptar sus costumbres y su forma de hablar, rejuvenece. No sentía nada hasta el momento, en ese sentido pero era estimulante la compañía de una jovencita tan extrovertida y confiada.

Aquella ciudad no tenía conciencia, no creía en la culpa ni en el pecado. Tal vez también por eso era un llegar elegido por los turistas. La gente se relacionaba abiertamente y algunos faltaban al trabajo si era necesario, dando la excusa al volver,"vera jefe, he conocido a alguien, y era una oportunidad que no podía dejar pasar". La mayoría eran despedidos, pero desde que la presencia extraterrestre había entrado en sus vidas, desde que la prolongada suposición se había convertido en realidad, la gente había cambiado sus prioridades. Tal vez sentían que les quedaba poco tiempo y no querían dejar de cumplir algunos de sus sueños, antes de que eso sucediera. La pintada recurrente "follar que el

mundo se acaba", estaba por todas partes. Tal vez también respondía a la necesidad de recuperar a sus mujeres, y aquella estúpida reacción que sólo podía responder a la necesidad biológica de supervivencia. Si se dejaban llevar por aquellas voces en sus cerebros, tenía que tratarse por una inclinación a perpetuar su propia especie, mezclando sus genes con aquellos seres que aún nadie había visto.

Alrededor de los tobillos de Jaiva asomaban círculos rojizos cada vez que andaba demasiado. Andar no era una de sus aficiones, pero si la situación lo requería no le ponía remilgos. Olvidaba los kilómetros y las horas, o si ya había pasado por algún sitio. Después de dar unas cuantas vueltas, de acompañar a Floyd en sus visitas y de responder a sus inquietudes sobre los nombres de las plazas, los arquitectos que habían construido tal o cual edificio, o el significado de los monumentos más abstractos, empezó a convencerse de que se sentía atraída por él. Los hombres mayores la llenaban de melancolía, no era extraña en ella esa sensación. Lo invitó a su casa y se le insinuó inesperadamente riendo sin motivo. Descubrió que les escocían los dedos de los pies y le resbalaban en algún sitio, porque las uñas de los dedos más pequeños se clavaban en los más largos y sangraba levemente. ¿Cómo podía seguir riendo estúpidamente con los pies tan machacados? Los excesos de confianza, como acariciar los brazos de Floyd cuando le indicaba la mejor calle por la que seguir, o decirle que tenía tanto calor que se desnudaría allí mismo si no hubiera tantos mirones, eran una declaración de intenciones. Lo invitó a comer y le dijo que podían echarse la siesta. Floyd, entonces, se mostró como un hombre muy enamorado de su mujer, a pesar de haber sido abandonado.

-No me parece buena idea. Creo que volveré a la playa. No entiendo lo que pasa con esos extraños platillos, pero la esperaré. En algún momento se cansará de estar allí y le dará hambre. Necesitará volver al hotel y yo estaré allí para acompañarla

La reacción de Floyd le gustó. ¿Es que no no podía haber un hombre así en el mundo para ella?

Los pormenores de su franqueza al admitir lo que realmente la seducía de los hombres mayores, hacía que la realidad de sus relaciones personales no la hiciera feliz. Inconscientemente la podían estar haciendo infeliz. La vida nos obliga a seguir adelante, aún suponiendo que nada va bien ni sale como esperamos.

En una ciudad como aquella, tan desorientada por los últimos acontecimientos, acostumbrada al pecado, sin moralidad ni necesidad de perdón, no podía hacer otra cosa que adaptarse al sentir general y sus costumbres.

Los días de semana que acudía a sus clases de conducción, estancia y psicología espacial, pasaba muchas horas con Tilo, pero también necesitaba relacionarme con gente corriente, de la calle. Sus compañeros de cursillo y sus profesores, o se dejaban absorber por sus familias, o le resultaban demasiado escogidos y pretenciosos. Ser un astronauta para ella era algo natural, no había que ponerse tan especialitos. Sorprendentemente, parecía encajar perfectamente. Tenía facilidad para memorizar conceptos, para manejar simuladores, para organizar equipos, y cualquier cosa que tuviera que ver con una posible misión espacial. Tal vez fue por eso que no le extrañó a nadie que fuera la elegida para un programa de primeras salidas de la atmósfera, con estancia durante tiempo determinado, todo por el mismo módico precio de ser la mejor aprendiz del grupo. Era una aventura que no tenía precio, y mucho mejor que cualquier hotel de super lujo en destinos selectos para millonarios. A pesar de las incomodidades y ser considerado por muchos como un trabajo muy peligroso, Jaiva no lo cambiaría por nada. Por si esto fuera poco, incluyeron en el

programa a Tilo. Todo eran facilidades y ventajas, y la expectativa del viaje le levantó el ánimo.

Apenas un par de años antes, habían centrado su formación en fortalecer su cuerpo Tener aptitudes físicas para el deporte hubiese sido entonces una posibilidad que muchos incipientes atletas hubiesen deseado tener. En aquel momento podía andar kilómetros seguida de Tilo, con la excusa de comprar café, digamos, en el lugar más selecto de la ciudad. Hay una edad, en la que se desea lo mejor, lo más exclusivo, lo que tiene más estilo, lo elegante, lo diferenciador. Es como querer ser el hijo de un supermillonario y haber estudiado en colegios selectos, procediendo de familias más humildes. Querer ser lo que no se es, convierte accesos jóvenes en estúpidos grandilocuentes y afectados pretenciosos. A Jaiva le había pasado, por eso lo de buscar el mejor café de la ciudad y llevar ropa de marca. Nunca pertenecería a aquella clase superior educados para ser los dueños del mundo, pero había tenido suerte y lo suyo era mucho mejor, estaba siendo formada para ir al espacio, si bien, y a pesar de todas las expectativas recientemente creadas, los psicólogos de la base no estaban muy convencidos de su control emocional. Todos los jóvenes parecían luchar contra sus emociones, era un problema generalizado, y eso también había sido relevante a la hora de hacer la elección.

Jaiva iba a la playa a pasear y perderse entre los vendedores ambulantes, hablar con los turistas para practicar sus idiomas, mirar los bolsos, las camisetas, las gafas de sol y todo lo demás que vendían los manteros. Ya no se trataba de ser la mejor en todo, no necesitaba ir lo más lejos posible en busca de la tienda más exclusiva. Además el espectáculo de aquellas mujeres de enormes pechos y traseros, desparramadas al sol, por algún motivo que no conocía, también la llenaban de energía.

Por supuesto, a medida que pasaban los años, era consciente de que lo que importaba de ella misma y de los otros, no tenía que ver con convencer de sus aspiraciones más refinadas con una apariencia descontrolada, sino que todo lo importante estaba dentro, aunque la mayoría carecía de ello. Se había vuelto una chica modesta. Una debilidad daba paso a otra, y como decían los psicólogos, sus emociones la confunden. Buscar el amor era algo que hacían todas las chicas, pero no tan desaforadamente como ella.

A pesar de lo fácil que le resultaba tener amantes, Jaiva nunca había renunciado a su amor infantil y romántico con Tilo. Siempre había deseado convertirlo en su juguete sexual. Él argumentaba que aquello debilitaría su relación, que necesitaba seguir teniendo el aliciente de la formación, ser un referente para ella en todo lo que tuviera que ver con la forma correcta de vivir y comportarse, y aunque sabía que había fracasado en muchas cuestiones, debía seguir siendo un robot formador de mentes, y no un juguete. Ella hasta el momento respetaba sus ideas, sin dejar de insistir en colmar su deseo.

Tilo no era ajeno a que la variedad y números de sus amantes le habían dado una evidente seriedad. Es decir, descubrir que en el amor nada era lo que parecía, la había hecho bajar en gran medida de las nubes. Es muy posible que gracias a esa aspirada madurez que iba llegando, el hecho de haber sido elegida como un referente de su curso de aprendices, se hubiera convertido también, en la elegida para el programa "Más allá de la atmósfera".

Cómo decía, con sus necesidades sexuales atemperadas por amantes a los que no amaba, ya no sabía qué hacer en busca de la relación sería con su robot. Sabía que otras mujeres habían encontrado un necesario equilibrio en ello y había dejado de amar a hombres que no las satisfacía, por eso insistía en hablar fríamente con él al respecto. Sabía perfectamente que insinuarse no servía de nada con él. Desde niña se había mostrado delante suya en braguitas y con el pecho desnudo, incluso cuando sus pechos empezaron a

crecer y ningún hombre hubiese permanecido indiferente al vaivén mareante que expresaban. Estaba muy claro que ningún programa sustitutivo de reacciones emocionales hubiese sido cargado en Tilo. Tal vez en la voz y los matices, que contemplaban reacciones diferentes que podían simular emociones. No reaccionaba a estímulos sensuales. Si bien, Jaiva sabía donde tocar para poder jugar con sus partes sensibles. En eso también era parecido a otros hombres.

No reaccionaba ni a las conversaciones más excitantes. Cuando ella le contaba las cosas que hacía con sus parejas, él permanecía indiferente. Ella sabía que no se le escapaba ni un detalle, estaba aprendiendo a pesar de no responder a los estímulos, no hacer ninguna pregunta ni pedir alguna aclaración sobre vocabulario, posición de los cuerpos, o prácticas poco corrientes. No es que el robot tuviera un plan básico que sólo.contemplaba la posición del misionero, sino que creía preferible, para evitar malos entendidos y no encender a la chica -él sabía sobradamente como se ponía de excitada,-, comportarse como si estuviera semi apagado, o con todas sus baterías en descanso.

Creyó que tener amantes podía bloquear a Tilo, así pues, Jaiva prescindió por un tiempo de subfrenética actividad sexual. No son esfuerzos, también prescindió de la madturbación. En lugar de alquilar películas porno para el finde, empezó a ver películas clásicas de amor de la época en la que el cine se hacía en blanco y negro -tal vez porque pensaba que en aquel tiempo el amor estaba muy idealuzado-, y ya no iba a la playa a ver y provocar a aquellos hombres, que se paraban a ver a las mujeres desnudas con las manos en los bolsillos. En el lugar de Tilo, cualquier humano pensaría que la abstinencia a la que Jaiva se sometía, la llevaría más tarde o más temprano a padecer de los nervios y tener explosiones de ira (algo parecido a lo que le sucedía a los leones del zoo cuando les retiran la carne para hacerles una cura con pienso vitaminado y antiparásitos), pero el robot argumentó que, al fin ella estaba haciendo lo correcto, y ella sonrió enternecida. Las cosas fueron a peor cuando uno de sus amantes se consideró perjudicado porque ella no cumplía la parte del acuerdo que tenían de desahogo. Por supuesto era un acuerdo verbal con un tipo que vio en ello una forma de mejorar sus condiciones físicas; casi un entrenamiento, complemento de su actividad en el gimnasio. Tilo tuvo que intervenir e interponerse entre los dos para evitar una pelea física. Si hubiese sido humano se hubiese guedado con la nariz rota por la fuerza violenta con la que fue golpeado por aquel tipo, pero subaleación era de tal naturaleza, y el sucedáneo de la piel tan dura, que aquel rstúpido.se fue con su mano rota, directamente al servicio de urgencias.

Jaiva dependía de las impresiones e interpretaciones de la realidad si quería influir en su decisión de compartir juegos de cama, voluntariamente. Podía resetearlo y reprogramarlo, pero todo lo que le gustaba de él se perdería. Los recuerdos juntos, incluso cuando la sacaba de quicio, formaba parte de la alianza familiar que ella había elegido. La memoria de Tilo lo hacía más humano que aquellos hombres que olvidaban con facilidad, que se acostaban con ella y al día siguiente ni se acordaban. No podía imaginar tener una relación romántica con un tipo que después de ver una puesta de sol besándose y comiendo torreznos, lo olvidase. Que ella lo recordara como un momento especial, y él lo hubiese vivido de forma diferente, tal vez con cosas en la cabeza que le estuvieran sufriendo que aquello era una pérdida de tiempo, y tenía cosas más importantes que hacer. Por eso, lo más importante de Tilo era su memoria, lo que habían compartido, a veces habían experimentado juntos. Era lo mismo que le pasaba a algunas adolescentes, no a todas ni a una mayoría, que no podía tener un robot de última generación como una astronauta, pero se echaban a llorar cuando cambiaban de teléfono móvil. Semejante reacción se debía a

que, aunque pudieran volcar toda la información, las conversaciones con su viejo teléfono lo convertían, a sus ojos, en una personita imposible de sustituir.

Cuando le preguntó por fín si le gustaba más la recatada Jaiva, él le respondió que mucho más, pero que eso no le iba a hacer cambiar de idea en cuanto a lo que pensaba de las relaciones entre un profesor, por muy robot que fuera, y su alumna.

Esa tarde, Jaiva bebió más de la cuenta, se pilló lo que se suele decir, una borrachera de padre y muy señor mío. Lo insultó y le llamó machista sin corazón. Sin duda se trataba de cosas que había leído sobre mujeres despreciadas por hombres insensibles. Pero no era lo mismo un robot sin corazón que un humano sin sentimientos, cesó estaba claro. Jaiva había puesto sus esperanzas en portarse como una niña bien educada y un nuevo rechazo fue demasiado para ella. Le ordenó que se desnudara y la llevase a la habitación en brazos. Después le pidió que la besará como si fuera la condición previa de encender todos sus circuitos, y finalmente, cuando la dejó suavemente sobre la cama, ella se había quedado profundamente dormida. La tapó con la sábana hasta la cintura y aproximó una silla hasta los pies de la cama y se sentó. Se quedó observándola y no se movió hasta el amanecer.

Cuando Jaiva le preguntó si el acto se había consumado, él le respondió que no, pero que le resultaba muy incómoda su erección, porque para devolverlo a su posición de reposo, ella debía poner su dedo sobre un sensor justo debajo de su escroto.

- -Menos mal que no lo pusieron sobre el prepucio -dijo Tilo con la sinceridad que lo caracterizaba-. Todo esto es muy embarazoso para mí.
  - -Si te lo hubiese ordenado, ¿Lo habrías hecho? -preguntó ella.
- -Tengo que cumplir con las órdenes, no puedo eludir una orden. Pero lo habría hecho en contra de mi parecer. Eso me pasa a menudo. Por dejarlo claro, si yo te viera en peligro tendría que hacer lo que fuera para evitarlo, pero si en ese momento me das la orden de no moverme, será como si me hubieses desconectado. Así están las cosas.
- -Sí ,bueno. No creo que dotaros de libre albedrío fuera mejor. En la decisión sobre lo que está bien y lo que no, deben jugar las emociones.

Tilo quiso argumentar al respecto, pero después de darle unas vueltas al argumento, titubeos y circunloquios, no fue muy convincente. A ella le pareció gracioso. Era la primera vez que tenía una reacción confusa, sólo le faltó carraspear. Ni siquiera si se hubiese producido la noche romántica que ella deseaba, hubiese conseguido confundirlo como acababa de hacer, y quizás no volviese nunca a verlo reaccionar así.

Al lado del centro de entrenamiento aeroespacial había un edificio oscuro, sin ventanas, cerrado como un búnker, al que asistían chicos muy jóvenes vestidos de uniforme. Tenía sus propios aviones y simuladores de vuelo, pero compartían la cafetería. No le gustaba tratar con ellos porque muchos de los que iban a la guerra en la frontera, jamás volvían. Era incapaz de tener por amigos a uno de aquellos chicos sin dejar de pensar que su esperanza de vida era de unos meses.

Todo lo que sabía con certeza sobre el centro que la estaba convirtiendo en astronauta, era que siempre la habían tratado con respeto y la consideraban una buena profesiones, y que desde el principio se sintió animada a hacer del mundo un lugar mejor al menos en lo que a la parte de su esfuerzo pudiera caber. Tal vez le habían este tipo de pensamientos en las charlas que había recibido desde muy niña, pero sentía que formaba parte de ello y, por lo tanto, no cuestionaba ese sentimiento de pertenencia y entrega.

No sabía quién había decidido que hiciera su carrera en aquel edificio y no en el de al lado, porque al ubicarla con cincuenta metros de diferencia, posiblemente le había salvado la vida. Si tenía algún tipo de mentor o protector, nunca se había presentado, no tenía

conocimiento de haberlo visto ni sabía si existía en realidad, aunque siempre había sospechado que sí. Durante años había intentado descubrirlo entre profesores, entrenadores y cargos superiores de dirección. Miraba sus caras y se preguntaba: ¿Será él? Era casi un sentimiento romántico, y si en algún momento se había hecho la misma pregunta con alguna de sus entrenadoras, la había rechazado de inmediato, porque el lesbianismo era algo con lo que no quería confusiones. Era por eso que no se quedaba medio adormilada viendo los ojos hermosos de una profesora, que la nariz agresiva y la boca grande, de profesores de belleza más que dudosa. Ellos tan firmes y embrutecidos, sin embargo, la hacían soñar con aquel ser de la nada que la ayudaba desde su secreto.

En la medida en que era capaz de tener este tipo de dudas, también aceptaba que de haber sido educada para la guerra, como otros muchos niños y niñas huérfanas, se habría sometido a la disciplina y hubiese partido cantando hacia la muerte de fronteras y murallas, cuando le tocase. Desde luego ningún prejuicio en contra se lo hubiese impedido y una vez en el frente, Tilo no estaría a su lado para protegerla.

Coincidiendo con la llegada de los aparatos voladores extraterrestres, todas las mujeres que iban a tomar el sol desnudas a la playas y los curiosos que se concentraban para ver aquella escena apocalíptica, no eran ajenos a que la guerra se producía no tan lejos como pudiera parecer por las noticias de la televisión. Qué aquellos aparatos se hubieran mostrado como no beligerantes, aunque sí extremadamente curiosos y fisgones, ayudaba con la decisión de no abrir un nuevo frente bélico e intentar un equilibrio al respecto. Así son las cosas, unos toman las decisiones y otros los juzgan. Por lo tanto, era bien sabido que cualquier decisión, tendría siempre sus detractores.

Cualquier dudosa, inconsistente decisión, aunque fuera sobre el color de la caca del presidente de la nación, debía ser sometida a juicio por el pueblo llano, aunque a los soldados, a los funcionarios y a los políticos, les estuviera prohibido.

Lo primero que hizo Jaiva al convencerse de que todos sus esfuerzos por seducir a Tilo eran inútiles e innecesarios, fue llamar a Giorgio y someterse a una increíble noche de acción, que más se parecía a una prueba olímpica, que a una romántica noche bañándose bajo la luz insistente de la luna llena. Había pensado en una escena parecida y llevar a Giorgio al río, pero siempre terminaban en la alfombra y empezaban sentados en la cama.

Lo segundo, fue hablar con Tilo y decirle que ya que había concluído que nunca la vería con la ternura que miraba a una lata de aceite de lubricar, había renunciado a jugar con su aparatito, y que iba a solicitarle una compañera robot. Él no respondió, y sólo fue después de un tiempo, que le confesó que si iba a intercambiar información y aceite con otra máquina prefería que tuviera la apariencia de un hombre, concretamente la de una figura de ficción que salía en películas del celuloide antiguo. Tilo quería que su compañero tuviera un pronunciado parecido con Flash Gordon. Incidió en dos aspectos especialmente, el peinado y la voz.

-¿Qué te parece? -dijo Jaiva sorprendida-. Esos moralistas me colaron un robot gay, y yo sin enterarme. Está bien, procederé a darle curso a tu solicitud, si vamos a seguir conviviendo y ampliando la familia será bueno que sea de tu gusto. Después de todo, eres el más indicado para dar tu parecer, y vas a pasar mucho tiempo pegado a él... quiero decir que tendréis que poneros al día y pasaros mucha información.

La forma de actuar de Jaiva era tan respetuosa como hubiera sido hasta con un político o un cura. Pensaba en el futuro como si Tilo fuera realmente una persona, y ya empezaba a pensar en cómo tendría que integrar al nuevo mecánico, y no sólo eso, también empezaba

a cuestionarse por si no era capaz de darle aquel trato y relación de madurez que había conseguido con Tilo.

La gente que trataba a sus robots como criados tenían todo que perder, se había escrito mucho al respecto. De aquellos que tenían suficiente dinero para adquirir uno, los que pensaban que con el paso de los años serían recompensado, o aquellos que eran mayores y pensaban en ellos como un báculo para su vejez y una buena herencia, y los multimillonarios solitarios que tenían miedos inconfesables y los utilizaban como seguridad personal, todos ellos nunca llegarán a imaginar el trato que Jaiva dispensaba a Tilo más allá de los juegos y las sorpresas, como lo integraba en su mundo y como le abría su pensamiento para que él pudiera conocerla plenamente. Creo que podemos concluir que entre Jaiva y Tilo no había secretos. La sensación de derrota que algunos propietarios sentían con el paso de los años, se debía a un mal enfoque -un mal enfoque que sólo había partido de ellos y de nadie más-, cuando en realidad, no podían sacarse de la cabeza que habían sido engañados. Incluso en sus relaciones humanas, personales o íntimas, habían llegado a la conclusión que al entrar en rutinas todo termina por aburrir, ¿Por qué con un robot iba a ser suficiente?

Con el paso de los años Tilo se iba volviendo más lento, no mucho más, pero lo suficiente para resultar apreciable. En eso también era una personita. Se lo achacaban a una memoria muy cargada, y la solución que le daban a Jaiva era reinstalar y empezar con el de cero, borrar archivos grandes, lo que iba a ser muy parecido a lo anterior, o ponerle una memoria nueva más grande procurando no perder datos en la transferencia, pero de momento prefería no meterse en tantos cambios. También era debido a este pequeño inconveniente que había solicitado un amiguito para Tilo. Al principio tuvieron dudas en otorgarle esa herramienta, era un gasto no del todo justificado y veían complicado para el trabajo espacial trabajar con los dos. Ya era complicado llegar a un grado de complicidad técnica con uno, cuanto más con dos. No obstante, en eso podía ayudarla Tilo y lo propuso como un nuevo experimento. Ella formaría al mecánico principal, y Tilo haría lo propio con Gerundino. Aceptaron el nombre, pusieron algunas condiciones, pero al final, el día que menos lo esperaba un transportista se lo entregó debidamente embalado, como si se tratara de un pedido más de la plataforma AliExpress .

Consternado por un golpe en la caja, el transportista aceptó que a veces se dejaban llevar por el estrés y terminaban haciendo su trabajo a la carrera.

-No sabe cómo lo lamento. Las prisas en el trabajo provocan estos accidentes, en los paquetes y en los trabajadores, pero nos obligan a andar así para cumplir los horarios, de lo contrario nos meten penalizaciones, nos sueltan el discurso, y estar mal visto es lo peor, todo son problemas - dijo el muchacho

-No te preocupes, lo que llevas ahí dentro es muy duro, tanto que no podrías romperlo aunque te lo propusieras -respondió Jaiva.

Dos robots, eso era mucho más de lo que la mayoría de la gente tendría en su vida. Lo que tenía delante era un desafío de memorias. Cada cual tenía sus capacidades. Estaba claro que Gerundino tendría unas aptitudes mejores, innovaciones y desafíos, pero hasta el momento para situarse en sus vidas, le quedaba mucho que aprender de Tilo, y ella nunca podría sentirse tan unida a él como se sentía con Tilo. Al menos así creía en aquel momento.

Era un momento de cambio, tenía que aceptar que la vida propone nuevos momentos y lo iba a seguir haciendo. Tardó un par de días en sacar a Gerundino de su caja. La invadía una fuerte melancolía y debía reunir la fuerza suficiente para lo que iba a llegar. Sacar a

aquel enorme y pesado mecánico de su embalaje, se le antojaba como si lo estuviera pariendo. Lo tuvo unos días sobre la alfombra, y Tilo le preguntó si quería que la ayudara.

-No, es algo que tengo que hacer yo. No te preocupes, conozco los procedimientos.

Y, llevada por aquel sentimiento que no quería que las cosas importantes, las que daban sentido a su vida, cambiasen tanto, aún tardó un tiempo en terminar de prepararlo todo y por fin, encenderlo y hacerle una programación básica. A partir de entonces, dejó que Tilo se encargase de él y su actualización, o tal vez sería más correcto decir, constatación de nuevas costumbres -las que tendría que asumir como propias situaciones quería integrarse lo antes posible-.

Mucha gente huye de sí mismos y sus recuerdos, son gente de acción. El estrés los mantiene con vida, deseando, compitiendo, interesado en conseguir sus sueños, en cumplir sus planes y estrategias. Si se detuvieran se sentirían tan vacíos que morirían. No necesitan pensar demasiado, se trata de avanzar. Para ellos se trata de derruir un mundo para construir otro nuevo y nunca mirar atrás. Es obvio, que Jaiva no era así, a ella le pasaba todo lo contrario. Era de ese tipo de gente que necesita sus recuerdos para sentir que estaba viva, para saber quién era. Guardaba una vieja foto con sus padres. En esa foto no debía tener más de dos años, no sabría ni andar. No recordaba el momento, pero la identificaba, era ella, eran sus padres.

Dos robots guardando todos sus recuerdos. Sabía por su etapa escolar, que las abuelas le contaban a las nietas las viejas costumbres, las tradiciones que se habían perdido, ella tenía a Tilo.

Hay gente que necesita pasar página, viven entregados a la modernidad a los adelantos tecnológicos, los cambios musicales, las nuevas modas, estilos y formas de vestir, incluso, la forma popular de expresarse, asumiendo muletillas que les permitan expresarse con claridad y rapidez. Son gente práctica, eficiente y poco romántica. La velocidad es el signo de este tiempo. Jaiva no era así. No escapaba de sus viejos dolores, ni siquiera del drama de haber sido huérfana tan niña. No quería pasar a otra pantalla, cada recuerdo era una sensación que volvía desde su niñez, un olor, la arquitectura de los viejos barrios, fachadas iluminadas de noche y soleadas de día, pasear por lugares que en la adolescencia la hacían deambular los domingos por la tarde y a los que no había vuelto en años pero evocaban momentos con otros sueños, amores y expectativas.

No iba a pasar página por huir de sus dramas. Formaban parte de ella. Otras chicas del internado, creían haber tenido más éxito. Ella era lenta como la memoria llena de un robot, pero no, de momento nada de resetear y empezar de cero. Ni lo pensaba.

Tilo sacó uno de sus trajes del armario y se lo ofreció a Gerundino, parecían los mayordomos de la reina de Inglaterra, pero sólo lo parecían, tenían conocimientos para desmontar un auto pieza a pieza y volverlo a montar, en tiempo récord, entre miles de aptitudes que se centraban en su mayor parte en atender y reparar la tecnología de una nave. Podían vestir como dos estirados banqueros centroeuropeos del siglo diecinueve, en realidad entre un banquero y un mayordomo, bajo la mirada técnica de un robot, no había tanta diferencia. Pero también sabían que pensar así era ofensivo para el banquero.

Jaiva no podía más que imaginar qué tipo de mecánico le habían asignado está vez, y en qué consistirían sus diferencias. Asistía en silencio a la estimulante relación que se establecía entre los dos. Cómo Tilo tenía mucha más información y la había procesado en todas sus variantes y posibles dobles sentidos. Había aprendido que los humanos no siempre querían decir lo que decían con palabras y que lo llamaban ironía, o que podían decir todo lo contrario de lo que pensaban por miedo, por eso había que ser muy prudentes

al recibir sus órdenes. Era mucho decir, porque Tilo pensaba que su nuevo amigo aún no sabía diferenciar órdenes de meras indicaciones, o sugerencias de consejos. Por su parte, a Gerundino le incomodaba el trato de superioridad que asumía Tilo, después de todo, él era un robot de última generación con todos los adelantos técnicos y mecánicos, y no sólo eso, tenía más velocidad de procesado, más memoria y estaba diseñado para durar muchos más años. Es decir, tenía una mejor reacción al frío y al calor extremos, estaba hecho de una aleación diferente y eso lo hacía más duro y resistente en todos los aspectos. Soportó durante un tiempo la relación desigual con su camarada, no quería abrumar lo con sus datos básicos de creación, pero un día en el que le costaba comprender algunas reacciones humanas (a Tilo le había resultado fácil entender muchas de ellas, porque las había vivido y presenciado si las hubiesen representado para que él las entendiera) Gerundino lo miró fijamente y dijo empleando un término de slang." Oye chato, ¿tú, quién mierdas te crees qué eres?"

Aquello fue maravilloso. Jaiva se echó a reír. Nunca había imaginado escuchar una expresión humana con tanto realismo de la boca de un mecánico. Gerundino era efectivamente capaz, tal y como le habían indicado los ingenieros, un robot casi perfecto y especialmente diseñado para pasar por un humano. Si Tilo hubiera sido capaz de adaptarse a un mundo que no era el suyo. ¿De qué no sería capaz Gerundino?

Allí, en el pequeño piso de Jaiva, lejos de los controles técnicos de la base, todo resultaba más fácil. La rapidez de procesamiento, respondía a la as necesidades de un mundo que iba a toda velocidad, y a su vez, imponía y exigía de su dueño, los mismos reflejos. Posiblemente, los humanos no se daban ni cuenta, pero se estaba estableciendo un mundo a una velocidad determinada de antemano en las tareas, y lo que mejor podía expresarlo era el mensaje, "el tiempo de espera de su tarea ha caducado", y era entonces cuando las pantallas se iban a negro, o en su lugar, a una foto de una maravillosa y artificial playa con palmeras, que se había programado con anterioridad para que estos casos no resultarán tan fastidiosos. Los que no entraban en cuestiones técnicas a la velocidad exigida, comprobaban que se les ponían todo tipo de impedimentos, no sólo se cortaba la imagen, se les pedía reiteradamente las contraseñas, entraban en un bucle de comprobaciones, y todo resultaba mucho más farragoso que la burocracia de siglos pasados.

La verdad era, que a pesar de pasar horas observando a los dos mecánicos, seguía, como primera exigencia, intentando comprender sus métodos de expresión, relaciones y comportamiento, sin interferir de momento en sus programas de fábrica. Las relaciones de los dos tenían que ser no sólo significativas para una mente despierta y formada como la de Jaiva, sino también el audaz significado de protección y aviso que cabía entre sus reacciones. Tal vez por eso, si se retiraba a su habitación sin decir nada y tardaba en volver, uno de los dos aparecía en silencio para comprobar que no sucedía nada que se escapara a su programación. Tal vez, entre sus imaginarios -así le llamaban a todo lo que podía suceder o no, y aún a tener en cuenta, sin una confirmación-, se encontraban los accidentes domésticos, actuaba de una determinada manera, pero Jaiva no podía saber si entre esos imaginarios cabía una catástrofe mundial derivada de la guerra en curso, o la confirmación del interés despertado en naves de ALIENS de Los que no poseían mayor información. Es decir, seguramente Tilo estaba intrigado por su procedencia, su aspecto y sus intenciones, y preparado para dejarse abducir y obtener información valiosa, pero no estaba en la línea de trabajo ni la proximidad necesaria a esos seres para consequir relacionarse con ellos. Y como Tilo, Gerundino y todos los demás aparatos de su serie, estarían capacitados para asumir esa responsabilidad si lo consideran necesario para reducir posibles amenazas. Es

sabido que la información no sólo es poder, sino precaución y límites necesarios para la defensa.

Jaiva se daba cuenta que su formación la hacía actuar en muchas ocasiones como un militar, sin serlo. Era algo que en la base no podían evitar aunque prescindieron de las formas y la disciplina, eran parte de un mundo militar y en guerra, y eso trascendía a todas las enseñanzas, academias, colegios infantiles y programaciones de mecánicos.

Esa sensación de peligro estaba presente y se filtraba en las relaciones y vidas, aparentemente normales, de la gente corriente. Se sentían como si estuvieran destinados a un final horrible, una catástrofe inesperada, pasar de una guerra convencional a una nuclear y que la superficie del planeta quedará completamente devastada, o lo que era peor y lo que había respondido Gerundino a sus preguntas.

-No olvides jovencita, que esas naves no están ahí por casualidad y sería lo más horrible de todo que nos considerarán mano de obra esclava para extraer minerales en planetas lejanos -debió de pensar que se había pasado y no era conveniente parecer un robot pedimiesta, así que añadió-. Bueno, también cabe la posibilidad de que exista preocupación en mundos lejanos, por esta tendencia que tenemos los humanos a matarnos y autodestruirnos. Cada vez que se aprueba un presupuesto de gastos para fabricar y comprar más armamento, los robots nos preguntamos: ¿A quién quieren matar esta vez?

Lo que de verdad había aprendido de su nueva familia en aquellos primeros días, era que no había acabado de sorprenderla y que cada novedad podía suceder inmediatamente o esconderse hasta mucho tiempo después. Se trataba de eso que alguna tiene de discreto o tímido, o Dios sabe qué, esa gente a la que en su entorno, durante años, gente muy variada desde conocidos, amigos o familia, le repiten esa observación muy sorprendidos: ¡Eres una caja de sorpresas!

Está vez, era Jaiva la que iba descubriendo mundos nuevos en las conversaciones de los dos. Si antes presentaba a Tilo como su tío, ahora tenía dos tíos. Giorgio la visitó uno de aquellos días y viendo la escena de los dos Thermoheros limpiando la cocina con sendos delantales de flores y corazones pensó, "¿A quién quieren engañar? Ese tal Gerundino no tiene pinta de tío de nadie, y por sus relaciones y aficiones parecen una pareja. Yo siempre sospeché que Tilo era gay, si se ha echado un novio, o pareja, o lo que sea, no hace falta que se anden con remilgos".

Jaiva Blue parecía animada y entretenida y la confesión de Gerundino, un día de septiembre la dejó intrigada.

-Verás Jaiva (habían quedado en que la llamara por su nombre y estableciera una cierta confianza desde el principio), entre los trabajos de descubrimientos que me han asignado, está el de descubrir las posibilidades de la telepatía. Hasta donde me lo permitan mis circuitos, claro está. He hecho un experimento y simplemente puedo archivar el resultado, o como establece el protocolo, compartirlo con la persona responsable de mí en cada momento. Lo he hablado con Tilo y me ha aconsejado que lo comparta contigo.

-¿Y bien? -Respondió ella muy intrigada.

-Parece, según mis archivos, que algunos hombres han observado, que si se sitúan detrás de una chica con pantalones ceñidos, y le miran fijamente durante un rato prolongado, pero desde un ángulo en el que ella aún no lo haya visto. Recordemos que ella va delante mirando al frente y él unos metros detrás. Parece por lo que se ha llegado a saber, que ella terminará sintiendo lo que sucede, se sacudirán el trasero por si el pantalón está sucio o lleva algún papel pegado, y finalmente comprobará que alguien la sigue.

-¿Tú crees? A mí nunca me ha pasado.

-Estimada Jaiva, espero que no te moleste lo que te voy a decir. Tienes que reconocer que tu trasero no es uno de tus puntos fuertes y quizás no ha llamado la atención de uno de esos hombres.

-Ya, ¿Y?

-Pues llevado por un interés puramente científico, no olvides que soy un mecánico de la marca Thermohero. Intenté el experimento, busqué entre las paseantes, una con trasero generoso, me situé detrás de ella y la miré fijamente. ¿Qué crees que pasó? -Jaiva se encogió de hombros-. La chica no sólo no presintió que la mira, ni siquiera que alguien la seguía. Puro hielo.

La conclusión de mi informe es que, o los mecánicos no tenemos esa fuerza en la vista, que la telepatía está muy lejos de poder desarrollarse, o que sólo los hombres disponen de ella en casos muy concretos, situaciones limitadas y que posiblemente, no todos puedan desarrollar esa habilidad.

Lo único que preocupaba a Jaiva Blue del resultado del experimento y como se había llevado a cabo, era que ignorarán que en viejos libros medievales de magia y ocultismo, atribuían a las brujas, fuerza en la voz y en la vista. Aseguraban que podía hacer tropezar a un hombre mirándolo fijamente, y torcer su conducta dándole órdenes con voz grave y profunda. Pero claro, no era de extrañar que los científicos considerasen todo esto, superstición y falsedad.

Le molestaba que pusieran tantas trabas al libre proceder y pensamiento de otras mujeres en la antigüedad. Lo que en ese momento de su avanzada civilización más la atrasaba, era precisamente el modo tan estricto y restringido de llevar a cabo tales propuestas. Cómo seguramente todos sabemos, durante años la ciencia fue considerada superstición por la iglesia, y posteriormente sucedió lo contrario por muchos investigadores ateos. ¿Sería efectivamente la telepatía objeto serio de estudio, o una superstición más?

De momento, aquella confesión de maquinaria moderna, la hizo pensar. No cesaba en la búsqueda de un motivo que colocara a los ingenieros en un lugar y a las mujeres en otro. Los dos eran motivo de observación, pero unos por su irradiación telepática, y las mujeres como meras receptoras ocasionales, pero además como poseedoras de traseros irresistibles. Estaba claro que a los hombres les resultaba imposible resistirse a la tentación, y ella le hacía ver algo más que una escena explícitamente provocadora en aquel experimento. Aquellos enormes traseros no se movían solos, eran parte de una concienzuda estrategia, una forma de vestirse y sentirse poderosa sobre la faz de la tierra, la mujer.

Jaiva podía haber intentado olvidar todo aquello, pero su imaginación había llegado mucho más lejos de lo que Gerundino podía. En cambio, intentó relacionar ambos aspectos propuestos como tema de análisis y añadir un nuevo factor de discusión, se pondría ella misma en situación práctica de entender y observar de cerca, lo que podía tener de verdad el argumento. Se arregló, se puso ropa adecuada y salió para encontrar las condiciones adecuadas, pero en este caso no iba a ser un hombre el poderoso telépata, sino ella misma. Busco una chica adecuada, paseando sin prisa, pantalón ceñido y generosos glúteos. En cuanto la vio supongo que era ella. Apuró el paso para situarse a su espalda, en un ángulo muerto. Era mucho más hermosa de lo que había esperado. No podía demorarse o la perdería, tal vez iba a un encuentro o a un centro comercial. La miró fijamente e intentó pensar en lo que pensaría un hombre en tal situación. ¿Admirado? ¿Impresionado? Si, impresionado, y de forma instintiva se dijo, "haría cualquier cosa por trasero así", y... ,¡Premio! La chica volvió lentamente la cabeza mientras se pasaba la mano por aquella parte como si fuera de haberlo planchado adecuadamente. La había descubierto, sabía que

le había mirado fijamente aquella parte. Era cierto, la telepatía funcionaba con fuerza llevada por un deseo incontenible. Entonces pasó algo que no había calculado, la morena la miró directamente a los ojos, y le sonrió. Fueron tres segundos deliciosos y Jaiva se ruborizó. Se paró para ver a su involuntaria colaboradora seguir caminando, siempre de frente, feliz de haber descubierto a otra mujer disfrutando la visión de una parte mágica y mimada de su anatomía. La luz de la tarde la envolvía y no dejó de verla hasta que desapareció, entonces suspiró.

No podía quejarse, su vida había mejorado moderadamente, se había convertido en una curiosa excitación por saber más de sus robots y la inesperada duración de su relación con Giorgio. Tres meses quedando para desahogarse era más de lo que habría esperado con cualquiera. Una hábil alianza de madurez entre lo aprendido de sus errores y la deslumbrante actividad a la que la conducían dos mecánicos locos que no paraban de compartir conocimiento, y un amante joven y espontáneo que la excitaba como si estuviera conduciendo un coche de carreras en el circuito de indianápolis.

Una novedad sobre las ensaladeras alienígenas empezó a correr de boca en boca, si bien en las noticias del mediodía parecían no estar dispuestos a difundirla hasta conocer si se le podía otorgar la credibilidad de un hecho consumado. El riesgo, la fantasía, la incredulidad y el miedo, que habían infundido en la población desde que permanecían sostenidos sobre la playa, como si una nave nodriza los ordenase y los retuviera por un sistema de imanes, también se había instalado en parte en Jaiva. Se trataba de un rumor sin testigos, que aseguraba la desaparición de una de las mujeres que tomaba el sol sin percatarse de que uno de los aparatos se iba moviendo lentamente, y del mismo modo movía su sombra hasta cubrirla, abrir una puerta en la base barriguda del aparato y absorber a la señora sin que se oyera otra cosa que sus gritos. Para Jaiva, era una emoción más entre sus novedades. No podía creer del todo aquella historia, pero como ella misma estaba pendiente de su viaje espacial, le preocupaba que pudiera influir en la determinación que hasta el momento, habían mostrado las autoridades en llevarlo a cabo, a pesar de los riesgos y el condicionante de estar conviviendo con seres que permanecían ocultos sin exponer sus intenciones. En cierto modo, eran víctimas de la situación, pero la guerra abierta en la frontera exigía cada vez más soldados para mantener las posiciones. Todas aquellas muertes de jóvenes, eran como un sacrificio al dios del fuego al que pedían seguridad. Mientras mantuvieran el nivel habitual de muertos por ambas partes, la frontera no se movería. Cómo los sacrificios al volcán pidiendo una abundante cosecha para que el pueblo no pasara hambre. Carne joven ofrecida con el convencimiento de hacer lo correcto, cuando los mismos sacrificados caminaban voluntariamente para poner el pecho con el que parar las balas. Los pueblos ancestrales que hacían el sacrificio del volcán, no sabían que sus erupciones no las calmaban la juventud de los cuerpos arrojados, y que un día, el menos esperado explotaría como una bomba nuclear y arrasaría su isla.

- -¿Qué porcentaje de credibilidad debemos concederle al rumor? -preguntó Jaiva.
- -Muy alto -Contestó Tilo-. Si yo estuviera en tú lugar, esperaría un desenlace de confirmación en los próximos días.

Tal vez porque Tilo está muy entregado en mostrar algunos de los pormenores de las más extrañas reacciones humanas, pero también porque Jaiva había hecho un nuevo amigo futbolista y paraba poco en casa empeñada en ser una víctima de sí misma, ninguno de los dos observó que estaban perdiendo algunas de sus mejores costumbres. Sobre todo Tilo con su nuevo juguete, se percató de que había descuidado acompañarla en sus paseos y observar que no se metiera en situaciones complicadas.

Cuando él se sentaba en la alfombra del salón para discutir con su nuevo amigo si los celos eran una reacción positiva, pues para que terminara de entender el concepto, o simplemente para discutir todo lo que algo tan poco racional pudiera tener de práctico, ella aprovechaba para salir cuidadosamente por la puerta de la calle, cerrando con un movimiento suave de llave para que nadie, ni siquiera la refinada escucha de Tilo pudiera apreciarlo.

-Se ha vuelto a escapar -dijo en voz alta cuando comprendió que no había hecho un sólo ruido desde la última hora, y eso no había sido debido a que se echará la siesta. Fue a su habitación y ella no estaba allí.

La mayoría de las veces la esperaba en reposo, es decir, sin apenas gastar batería, aunque ella llegase muy tarde. Pero esa noche, se enchufó al cargador y estuvo atento a la puerta sin parpadear ni una sóla vez (era un efecto que podía desconectar si no se relacionaba en modo de incógnito). Lo que podía tener en cuenta y catalogar como prioritario, era el estudio y cuidado de su dueña. Por supuesto no compartió este tipo de inquietudes con Gerundino, que se apagó y puso su encendido o recuperador de energía, con el amanecer.

En el.modo inquietud, el procesado de información se volvía lento y confuso, por eso dejó cualquier tarea y sencillamente esperó. Por desgracia, esa actitud alarmó a Jaiva cuando entró a su vuelta de una de sus citas, y se enfadó cuando él le preguntó de dónde venía.

-Te estás tomando muy a pecho el papel del tío cuidador. No eres mi tío, y soy mayor de edad.

En los libros que había leído Tilo, esa escena de la joven que no deseaba ser controlada, se daba mucho.

-No es eso, sólo necesito un poco de información para cubrir mis informes. No los voy a compartir con nadie. Sólo tú puedes acceder a mí información.

Si alguien aquí se está preguntando, ¿Cómo es posible enfadarse con un robot? Piensen que no es tan extraño. ¿Acaso nunca le han dado una patada a su coche por una avería inesperada?

Tener un aparato como Tilo era todo un desafío, sobre todo porque, del mismo modo que le pasaba con algunas personas, no siempre era previsible y casi nunca era fácil saber lo que tenía en la cabeza.¿Qué esperaba de ella? ¿Qué fuera una buena chica del norte, bien educada, formal y coherente? Pues ella no era así ni de lejos. Si el otro bicho no era una mala influencia para él y no le había pasado algún software malicioso, pronto volvería a ser el de siempre; de verdad que le molestaban sus desconfianzas.

-Giorgio es un buen chico. Piénsalo antes de jugar con él, o como dicen los humanos, con sus sentimientos? Él no es como tú que sólo te diviertes. Estás echando tu vida a perderme

"Esto si que tiene gracia, estoy aquí, sin moverme, escuchando la reprimenda de un mecánico", pensó mientras escuchaba las noticias del televisor en el salón. Se levantó con intención de salir de la cocina, con una taza de café en la mano.

-Recógelo todo y no quieras saber tanto, Giorgio no es así y necesitas crear un cargo de conciencia.

-Perdona, no es agradable oír eso. Es mi trabajo.

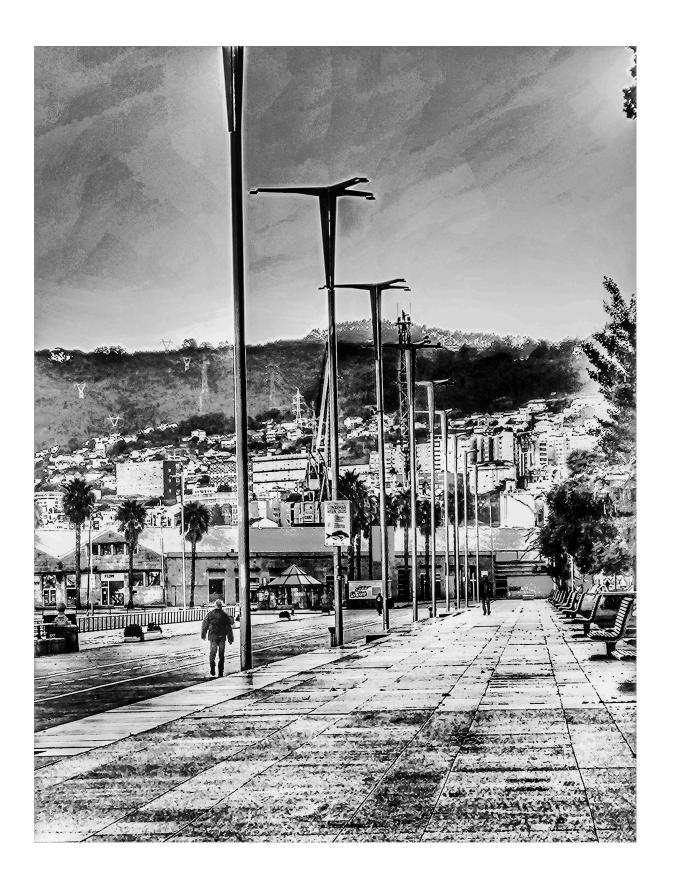
Jaiva invadida por una suave melancolía pensó cuánto le hubiese gustado tener una familia para que le pusieran límites. En ocasiones, aquellas familias no necesitaban ni hablar de ellos, los hijos se cuidaban mucho de no fallar al resto, sabían hasta dónde podían llegar. Las nuevas generaciones están más independientes porque los planes estatales separaban a los hijos de los padres muy jóvenes, y los mandaban a estudiar a internados de los que salían preparados para una determinada actividad. En eso no era tan

diferente de ellos. No sé tenía a sí misma por ese tipo de chicas que rompen todas las reglas, ella no era así, tan sólo intentaba no llegar al extremo de sentarse todo el día en una silla esperando por una nueva clase para convertirse en la astronauta más joven de su generación.

"Una nueva moda parece haber surgido de la clase trabajadora. Los turistas acuden en autobuses a pasar unos días a nuestra ciudad para ver los OVNIS. ¿Es normal que la mayor concentración de curiosos se produzca poco antes del ocaso? Tal vez intentan añadir a esta experiencia inigualable, de un color naranja ligeramente tostado y recuperar la sensación de la juventud perdida. El alcalde ha asegurado que dotará la zona de pérgola y marquesinas, de asientos y barandillas, y de un chiringuito para que todos puedan disfrutar de ese momento inigualable tomando una cervecita con limón "al estilo del sur", cada cosa que decía la línea editorial buscaba mentalizar a los parroquianos de que debían asumir todos aquellos cambios como la " nueva normalidad", que era un término que ya de nuevo tenía poco, porque desde las restricciones por virus, no se había dejado de usar.

Hizo ese gesto tan común de entrecerrar los ojos para centrar la mirada con precisión en la tele y concentrarse en la imagen de todos aquellos cuerpos femeninos espatarrados al sol sin timidez alguna. ¿Cómo resultaría ella misma tomando el sol con todas sus partes expuestas a la curiosidad general? Bueno, eso no era algo que fuera a hacer de ninguna de las maneras, pero no podía dejar de observar el contraste de su cuerpo perfectamente depilado entre algunos otros que llevaban un tiempo allí sin ausentarse más de lo preciso, y que exhibían unos matorrales sin apenas un recorte.

Movida por la curiosidad, se acercó de nuevo a aquel lugar. Se había convertido en una visita recurrente en los últimos tiempos también para ella. Y pudo comprobar por sí misma, aquella hilera de autobuses aparcados mientras los conductores de la "Empresa de transporte Herminia" iban a comer (era el nombre que figuraba en uno de sus costados y por lo tanto hacía pensar que se habían especializado en viajes turísticos baratos de corto recorrido), algunos de aquellos transportistas, podían mover cualquier mercancía y se habían reciclado otro tipo de consumo de masas como los conciertos y fiestas populares. Conocían este tipo de servicios y sabían lo que las gentes en estado de euforia y sorpresa continuada necesitaban, un lugar para comprar bocadillos y urinarios públicos no demasiado lejos. Y ¿por qué no decirlo?, ellos mismos tenían sus necesidades y, a veces, un amor en cada puerto, como los marineros y los astronautas que hacían rutas establecidas en carqueros. Nadie podía culparlos de pasar meses, a veces años, en viajes oficiales, sin desahogarse, aunque la liga de mujeres intachables habían denunciado que el estado posibilitará este tipo de servicios, incluso para los soldados en el frente. De forma general habían expuesto que era mucho más moral y sano, dotarlo de las drogas necesarias para hacerlos olvidar sus bajas pasiones. Jaiva, no podía imaginar pasar seis meses en el espacio sin más distracción que los juegos de intelecto; sabía perfectamente que jamás le ganaría a la máquina al ajedrez



## La suerte arde mal

Tal vez, la necesidad de poder hablar de vez en cuando con un perfecto desconocido, tenía algo de infantil, o de falta de cariño, o la necesidad de sentirse valorada por lo que era, no por lo que representaba en la lucha por la conquista del espacio. Hay momentos en la vida en que uno desea no ser nadie, es un ansia de libertad indescriptible e inabarcable, y a ella también le pasaba.

Los símbolos dorados de una nación empezaban a aparecer por todas partes. Banderas, escudos medievales, fotos de expresidentes consagrados, párrafos enteros de la constitución dentro de vitrinas perfectamente limpias y cerradas con llave, todo lo necesario para no perder la identidad por muy difícil que fuera el momento. Poco a poco, los alrededores de la playa y el paseo, se iban llenando de la simbología más extravagante que se pueda imaginar, porque cuando se le acabaron los líderes políticos, continuaron con fotos y retratos de cantantes famosos, actores y actrices, escritores, poetas, físicos nucleares y hasta una vieja imagen en blanco y negro de la mona chita y laika la perrita astronauta. Jaiva miraba superficialmente el museo de los grandes hombres sin convencerse de que aquella impresionante exposición de papel fotográfico fuese a intimidar a los visitantes espaciales. Un chico joven estaba parado delante de una enorme foto de Elvis comiendo una hamburguesa, con un rótulo en la parte superior que decía, "Una forma rápida y barata de alimentar al pueblo trabajador".

Miró un poco más adelante y allí estaba Floyd, sentado sobre una piedra, con una toalla y una bolsa sobre las rodillas. Estaba más aburrido que Napoleón sobre su caballo con la mirada de piedra perdida en el horizonte. Estar aburrido nos pasa cuando perdemos el interés por actuar y a todos nos ha invadido esa desgana, pero había algo más que convertía la imagen de Floyd en la más pura expresión de tristeza, y eso era la resignación.

Hacía mucho que se hablaba de un nuevo orden mundial. Los dos extremos luchaban por sobrevivir, por mantener activa la guerra convencional sin complicarse en aventuras nucleares. Los científicos que habían dicho que las guerras se acabarían al entregar el poder nuclear a los políticos se habían equivocado.

Floyd era un veterano, había cumplido sus dos años de servicio y había sobrevivido, ahora otro más joven ocupaba su lugar en el frente. Era una rareza también en eso. Jaiva lo saludó, le apetecía saber más de un hombre tan enigmático y se sentó a su lado. Sacó dos cervezas de su mochila y le ofreció una, aún estaban frías.

-Parece que los platos fruteros no se van. ¿Nos están estudiando? -dijo él, agradecido por la atención que le prestaba.

-Eso parece, yo no presto mucha atención a la versión oficial. ¿Tú crees que se irán y no volveremos a saber nada de ellos? -le preguntó. Era la hora de comer y se percataron de que los curiosos hacían un descanso. También notaron que los funcionarios encargados de gestionar la crisis, le llevaban comida a las mujeres. Era como si respetarán el interés de los Aliens, y no quisieran que las mujeres abandonaran su lugar. En caso de batalla diríamos, que deseaban que ellas conservarán sus posiciones. Pero, como ya he dicho, había una guerra en marcha y no tenían fuerza para tanto.

- -Es una posibilidad. ¿De qué otra manera puede terminar este... asedio? -le respondió.
- -Sí, claro. Hay que aceptar cualquier posibilidad.
- -Me gustaría que un mandamás de su flota, se haya equivocado en los cálculos del viaje. Qué se haya equivocado de planeta y están también pensando qué hacer. No creo que necesiten plutonio para recargar sus centros de energía, o lo que sea que los ayude a

moverse -Lo dijo dispuesto a reconocer que también a él lo obsesionaba aquella situación y había dedicado mucho tiempo a pensar en ello aquellas "vacaciones".

-Yo ya no quiero saber quienes son, ni de dónde vienen. Sólo quiero que desaparezcan.

-Sí, desde luego. Todos queremos lo mismo. Me gustaría que mi mujer se viniera y volver juntos a casa, a tomar sangría por el calor y dormir la siesta después de las noticias -dijo sin demasiada esperanza. Pero convencido de que había un mundo mejor entre todos lo que habían perdido. Tenía la certeza de que su situación era un tremendo error y que no debían, en ningún caso, haber viajado hasta allí movidos por la estúpida curiosidad que mueve todas las modas.

-Es cuestión de esperar un poco más. Es duro, lo sé, pero todo se arreglará.

Cuando empezamos a dudar nada nos detiene. Es cuestión de permitir que nuestra imaginación se acelere, exija posibilidades, contraste realidades, relacione tendencias y noticias, y entonces y sólo entonces, de puro agotamiento nos dormiremos y aceptaremos nuestra derrota.

Jaiva volvió a casa convencida de que había una conspiración de gobiernos para controlar a la ciudadanía. Todos estaban en lo mismo y los platillos los habían creado para entretenernos. Empezó a sospechar que Gerundino era un robot espía y que algunas de sus piezas eran de AliExpress. ¿Cualquier cosa era posible?

Por el tiempo en que había empezado con la parte práctica de las naves, reparación, manejo, recambio de piezas, planos electrónicos y estructura, empezó a vivir de forma independiente en su apartamento. Atrás quedaban las habitaciones compartidas del internado y le pusieron un salario que le permitía una vida digna. En esos tiempos, Tilo se comportaba como un extraño, su relación era incipiente, y la observaba sin hablar, sólo expresaba lo necesario o para responder a sus preguntas. Se movía poco y apenas entraba en su habitación o en el cuarto de baño: las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Así fue conociendo a su robot con prisas, imprudente, sensual, locatis con los hombres y otros deseos o estímulos propios de la juventud que exhibía sin freno. Aunque lo deseara, la discreción no era uno de sus puntos fuertes. Hay chicas jóvenes que con unos jeans muy usados, una camiseta blanca y unas zapatillas sucias, llaman la atención como si las hubiese vestido un notable modisto parisino; ese era su caso. Esa aparente despreocupación por su aspecto estaba muy lejos de cuestionar sus habilidades y por eso había sido elegida como una de las mejores de su promoción.

Separados por las emociones y sentimientos humanos por un lado, y el práctico movimiento eléctrico de miembros, ideas, relaciones e impulso del robot por el otro, en aquel tiempo empezó a comprender que se trataba de una relación llena de momentos compartidos, conversaciones, estímulos y consejos, y si desde niña había sido como un juguete convertido en amigos, tal y como tantas niñas hacen con sus peluches y, a veces, creando un amigo invisible. En el internado lo veía por tiempo determinado cada día, pero eso cambió radicalmente cuando le permitieron llevárselo a su apartamento y le dieron la carta de propiedad. Jaiva evitaba cuestionar y racionalizar sus reacciones, sus condiciones de vida o sus costumbres, y cuando la confianza con Tilo se estrechó, él le hacía preguntas dirigidas a ordenar su relación y saber lo que ella esperaba de él. "Intenta ser tú mismo. No me pidas que te exija más de lo que me exijo a mí misma. Me estás molestando con tus juegos" .

Habían sido unos tiempos magníficos, ¿Cómo olvidarlo?

Giorgio subió la sábana hasta la cintura de los dos. Jaiva dormía profundamente, con la boca abierta y los pechos desparramados. Si hubiesen sido unos pechos firmes, podría

decir que miraban al techo, pero en realidad eran bizcos, cada uno caía hacia su lado. Hacía calor, si hubiese tapado a Jaiva hasta el ombligo ella hubiese dado una patada para deshacerse de la sábana. El límite estaba Cuatro dedos por encima del pubis, ni un palmo más.

Ella le habló de Jessy Floyd y lo enamorado que estaba de su mujer, Giorgio le prestó atención jugando con su oreja. Cuando notó que ella empezaba a responder a su reclamo, dejó de atender y ella de hablar con claridad.

-¿Están tus tíos?

-No te preocupes, están distraídos haciendo una interpretación actualizada de la alimentación de cohetes con plutonio.

¿Serían verdad las cosas que le contaba? El tal Jessy Floyd la tenía muy confundida. Lo de preferir pensar que todos los desconocidos son buena gente, no iba con él. Hay mucha gente sensata en el mundo, pero justificarse ocultando los peores episodios de la vida de pareja, podía convencer a Jaiva de su buena voluntad, pero Giorgio hacía suposiciones muy alejadas de esa medio verdad. No era un incrédulo, en todo caso se trataba de un joven desconfiado de los adultos. Un perfil bastante corrientes en un mundo que no les deparaba nada bueno, guerra o desempleo. Sólo los lumbreras tenían el aprecio estatal, y si siquiera pasaban de ser instrumentalizados.

Todas aquellas mujeres tomando el sol en pelotas en la playa, eran divorciadas, desengañadas, maltratadas, feministas, separadas, solteras sin interés sentimental, casadas con hombres infieles o que de alguna otra forma las habían hecho sufrir. En la imaginación de Giorgio, ese era el caso de la mujer de Floyd, unida de las últimas al.club de las indiferentes sufridoras. Según él, algo muy malo le tenía que haber hecho para que lo que él pudiera opinar de aquel deseo de libertad, le resultará tan poco importante. En realidad la lástima que comunicaba abrigado bajo el sol del mediodía, se trataba de una penitencia insondable. Porque así considerado, exclusivamente bajo el punto de vista de un joven malicioso, esta, como mucho, era la versión más realista que se le ocurría. Sobre lo que podían esperar las mujeres de los platillos, tenía ideas variadas, algunas ser inseminadas, otras, sentirse observadas parecía producirles un placer inefable, y la mayoría sentían la importancia de la protesta en términos de los cuerpos desnudos y el ego sublimado por el arte de su naturaleza al descubierto.

Floyd era uno de esos hombres que había cometido un error y se arrepentía infinitamente, pero aún en el supuesto de que su mujer volviera con él a casa, nunca superaría la frialdad con la que lo trataba. ¿Sería que las mujeres llevaban en su instinto despreciar la inconsistencia masculina? No era un secreto la importancia que ellas le daban a sentirse respetadas, y de qué manera algunos hombres necesitaban menospreciarlas para recuperar su cuestionada seguridad.

Pues eso, que Jessy Floyd a Giorgio no le resultaba un marido tan enamorado como Jaiva pretendía.

Se estaban poniendo de moda los amores imposibles, eso era idóneo para no comprometerse hasta perder el sentido. Diferentes clases sociales, jugadoras de baloncesto con hombres de metro y medio, ancianos de noventa años buscando el amor en chicas de veinte. En estos tiempos está bien visto enamorarse de cosas, de tu mascota o de extraterrestres, hemos llegado a unos niveles de tolerancia, que el amor es lo único que puede salvar el mundo.

Iban al cine ocasionalmente, y como hacía un tiempo que no llevaba otro chico a casa, llegó a la conclusión de que Tilo, a pesar de todas sus rabietas, ejercía una indudable influencia sobre ella.

El cine es un acuerdo de conformidad. Si las cosas no van bien no te encierras dos horas con una persona en silencio sin mediar fluidos. Además de eso, era imposible comentar las emociones que podía producir una buena historia con un robot. Con Giorgio tampoco era tan especial, pero escuchaba y ponía cara de entender lo que sentía una mujer en momentos con los que se identificaba. No tenía sentido soltar una lagrimita por la muerte de Romeo, y pretender que Tilo lo entendiera. Tenía que ser tolerante en esas situaciones, tomárselo como un aprendizaje y responder a sus dudas, que no entraban en el terrero emocional. Cuando pasara un tiempo, no sería fácil decidir lo agradecida que estaba por tenerlo siempre a su lado, y no hablo de Giorgio. Se podría decir, que olvidando por un momento a Gerundino, y como Giorgio parecía empeñado en volver una y otra vez, aquello empezaba a convertirse en un triángulo del que sólo ella era plenamente consciente, porque sólo tenía que ver con lo que ellos significaban en su vida.

Ni una sóla vez había faltado a sus compromisos con la escuela de formación espacial, para ella eso era lo primero. Jamás sin valorar otras opciones por coincidencia en fechas ocupadas, y siempre había encontrado una solución. Hablaba de su compromiso con el universo como si hablara de su compromiso con Dios, con la política, o con su familia si la hubiese tenido. Que a sus compañeros astronautas, tanta dedicación les parecía una enfermedad que se extendía sin medida, no era un secreto. Pero si alguna vez se veían solos, rodeados de cuerpos celestes acechando como bólidos en una autopista, lo que menos daño les podía hacer eran tantas horas de estudio. No moriría por la puntualidad, pero podía verse sin modo de volver a la tierra por un error en los itinerarios y sobreestimar la carga de energía lejos de una fuente solar. Empezó a prepararlo todo para su viaje. Vendió algunos cuadros, ropa, aparatos tecnológicos que ya nunca iba a usar, y hasta su bicicleta. Cosas que no podía llevarse al espacio y que no echaría de menos a su vuelta. La creencia periodística, que genera preguntas al respecto, sobre si los astronautas, cuando suben a un cohete, siempre piensan que la posibilidad de no volver es muy elevada, es una creencia falsa. Nadie se dedicaría a ello si así fuera, por muy maravilloso que imaginasen flotar en el espacio, como una gaviota perdida a miles de kilómetros de una orilla.

En un momento, se alarmó por tener pensamientos tan negativos. ¿Tenía miedo? ¿Dudaba?

La relación de Jaiva con sus robots intentaba ser sentimental. De niña le resultaba más fácil querer a Tilo (una cosa al fin y al cabo) como se quiere a una persona, incluso a un ser querido. Las primeras aceptaciones emocionales, la apreciación, los cuidados, sentirse protegida, le habían llegado de ellos. En la escuela primaria, presumir de robot como otras niñas presumían de animales domésticos era fácil, pero si presumían de padres atentos y cariñosos, eso era otra liga. La irrefutable condición de huérfana no gusta, pero no podía quejarse, sabía que debido a la guerra había muchas otras niñas huérfanas, otras con padres retornados pero mutilados, y luego estaba el programa de inclusión de niñas con enfermedades raras y hándicaps psíquicos. No se iba a quejar, la jovencita paseando turistas calle abajo no tenía derecho a tanto.

La número uno de su promoción, una joya sin pulir, si no se torcía nadie sabía hasta dónde podía llegar en la jerarquía social, suponiendo que a ella le interesase entrar en ese juego de hipócritas.

Los estudios superiores estaban muy ligados al éxito, a los más preparados, indisolublemente y estrechamente relacionados y conectados con los cazatalentos de empresas multinacionales. Tendría mucho tiempo para pensar en eso en la soledad del espacio.

Jamás había pasado por un momento en su vida que la dejara tan fascinada y llena de incertidumbre, todo a la vez. Sin embargo, la idea de la soledad no la acababa de convencer. Claro que Tilo y Gerundino estarían a su lado, pero el punto más fuerte del viaje consistía en observar cómo se desenvolvía sin otras relaciones humanas con quién compartir sus inquietudes. Se alejaría lo suficiente para no sentir la tentación de volver o arrepentirse por entrar en el programa espacial, y una vez en el punto separado en su carta de navegación, se enfrentaría a dificultades estudiadas y previamente concebidas para el experimento.

La programación militar de Jaiva estaba en marcha, ella lo sospechaba pero no le resultaba una idea atrayente. Más dinero, una medalla y los galones. A su vuelta todo iba a cambiar más de lo deseado. Entonces, cuando tenía todo preparado y faltaba muy poco para someterse al proceso de inserción, una terrible noticia recorrió todos los telediarios. Gerundino hacía un seguimiento de los noticieros en segundo plano y su voz de pito sonó elevada, "Jaiva, deberías encender la tele y poner uno de los canales en tiempo real, algo ha sucedido que debes saber".

La guerra había entrado en una fase de armas no convencionales, la frontera se había convertido en un terreno yermo, y los huesos de los soldados muertos se habían convertido en polvo arrastrado por el viento. No quiso ver más, se puso las manos en la cara. No iba a llorar, tenía que ser fuerte. Además,¿qué clase de astronauta llega al embarque con los ojos hinchados de haber llorado?

Se disponía a apagar la tele cuando una nueva noticia pisó a la primera. Una reportera desde la playa de las mujeres nudistas y los platillos extraterrestres, corría para refugiarse en un kiosko de revistas y golosinas. La cámara que la acompañaba no dejaba de grabar. Las mujeres corrían en dirección a la salida o los OVNIS las perseguían soltando una luz azul que las absorbía y las introducía en las naves. Los gritos, los jadeos de la periodista que no se atrevía ni a asomar la cabeza, las naves soltando un chillido capaz de dejarlos sordos, y de fondo la música de tensión cinematográfica que la cadena había puesto para darle más tensión al momento, ¡Cómo si fuera necesario!

Con todas las revisiones médicas al día, la charla de objetivos le pareció muy resumida. Todo el mundo tenía prisa. Por supuesto nadie le informó que con la nueva dimensión que estaba tomando la guerra, los acuerdos de respetar el programa espacial ya no se respetaban, y el cohete podía ser derribado. La dificultad de Jaiva en terminar de entender lo que estaba pasando, no residía tanto en que no hubiese visto el parte de últimas noticias, como en imaginar a dónde los llevaba la nueva situación. Tal vez, para ella no existía nada más en aquel momento del vértigo de despegar y salir disparada hacía lo desconocido, y que lo único importante que dejaba atrás era su posibilidad de volver. Tampoco iba a pensar en eso. Con toda aquella gente corriendo a su alrededor, preocupados de que todo estuviera en su sitio, de que cada máquina diera un resultado de conformidad, no podía pensar en sí misma.

Tilo y Gerundino la siguieron por la pasarela, se pararon en la puerta y levantaron los brazos. Alguien preguntó si algo había cambiado en el programa de formación en solitario, y tuvieron que explicarle que sólo una de aquellas tres figuras en carne y hueso. En un momento así era necesario esclarecer todas las dudas, pero en situaciones normales, al preguntar, todos alrededor habrían conocido sus limitaciones, y se hubiese arrepentido al segundo. Sólo la chica era real, los robots eran parte del equipo técnico, no entraban en sus responsabilidades de entrenador físico, ni en las del psicólogo, que la había acompañado y observado hasta que inició el ascenso por la pasarela del ascensor. Fueron las dos personas que estuvieron más cerca cuando ella se dio la vuelta y levantó el brazo a la vez

que los mecánicos. "Una foto para la posteridad", dijo por el canal interior y aquel comentario le llegó a un coronel malhumorado que la veían en una pantalla del centro de despegue y le replicó, "¡deje de hacer el idiota y entre ya, tenemos un trabajo que hacer!".

Tilo seguía conectado a todo lo que pasaba en la tierra, pero sabía que su conexión a las principales agencias de noticias se iría apagando al ir dejando los satélites repetidores atrás. Sabía que Jaiva quería estar informada, y cuando estuvieron sentados y atados a sus sillones, le dijo que algunas mujeres habían caído de los platillos alienígenas sobre el mar, una de ellas había sobrevivido y aseguraba que aquellos bichos tenían cuerpo y cabeza de Jabalí, pero que caminaban erguidos, lo que les hacía mover su cola muerta o posiblemente atrofiada.

El cohete despegó y permanecieron en silencio sumidos en sus pensamientos. Ese tuvo que ser el momento en que Jaiva adivinó todo lo malo que iba a pasar. Alguien debía haber programado una desquiciante música clásica en el programa, sin duda imitando algunas películas de ciencia ficción, que así recreaban el flotar de una cohete sin que nada pudiera interrumpir la total ausencia de sensación de velocidad. Cualquier cuerpo celeste a mil años luz de velocidad, sólo tendría la sensación de flotar, de no moverse, o creer que lo que se movía era su órbita. Seguramente le habían puesto algo en la comida, ya no estaba intranquila, ni siquiera podía evitar un desconocido estado de tedio, lo que sin duda, en un momento así, la hacía sospechar.

- -Tilo, creo que me han puesto algo en la comida.
- -Si me permitís intervenir, los programas de despegue incluyen tranquilizantes. Lo que me parece extraño es que no lo hayan comunicado -aclaró Gerundino.
  - -Creo que todos ellos están muy nerviosos. Nunca los había visto así -replicó ella.
- -Las noticias de la guerra tampoco son tranquilizadoras. Y creo que nos están escuchando -añadió Tilo.

-Claro que los estoy escuchando -sonó el coronel en sus intraurales-, esto parece una excursión. Jaiva, usted ya no está en el colegio, y órdenes a los robots quitarse esos trajes de astronauta, no les hacen falta. Pueden ponerse pantalones cortos y camisa Hawaiana, ellos no sentirán el frío, los cambios de atmósfera, ni ninguna otra particularidad humana, ni siguiera el rozamiento de otras máquinas más expuestas a la erosión espacial.

-Señor mío, permítame señalar que un robot no es una cosa, no un cohete, ni una luz de emergencia, hemos llegado a un nivel de perfección que los científicos nos han dado una categoría intermedia entre humanos y cosa. Para su información, sienten respeto por su creación y aconsejan tratarnos como humanos para que nuestra formación llegue a ser lo más completa y aproximada posible a la función para la que hemos sido creados. Sustituir a profesionales que pueden ocuparse de trabajos que requieren imaginación, dulce, inesperada y a veces loca imaginación.

El Coronel no le respondió. Volvió el silenció, la música clásica desapareció. Habían sido unos minutos muy sofocantes, desde que los motores de explosión dejaron de rugir para dar lugar a la música flotante, un vals estelar tan incómodo.

Jaiva imaginó al coronel maldiciendo. Hay gente a la que no les gusta que les contesten, que les lleven la contraria o que les enmienden la plana. Y justo eso acababa de suceder, Tilo había corregido uno de sus titulares, los robots son algo más que máquinas.

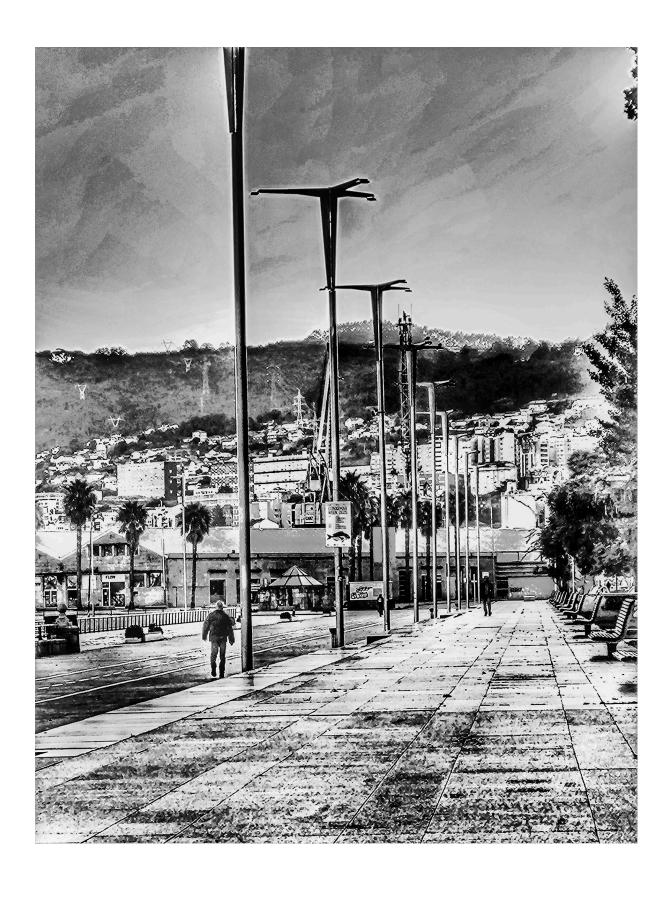
Unos años antes, eso mismo le habían preguntado al creador de Tilo.

- -¿Qué quiere decir con eso? ¿Los robots son casi personas? -había preguntado un avezado periodista.
  - -No lo habría dicho mejor, el término "casipersona" me parece bien.

El día de su presentación a la prensa, Tilo no había dicho una palabra. El discurso de un científico era todo lo que necesitaban, y había sido dotado, entre otras muchas cosas, de un sentido de la prudencia y respeto por sus dueños y creadores, que les impedía interrumpir alegremente sus ideas y sus discursos. Por supuesto, el Coronel no se encontraba entre esas dos categorías, y por eso lo habría seguido confrontado con esa idea de haberle contestado. ¿Imaginan un mundo de robots corrigiendo errores, recalcando intenciones y viejas normas, avisando de errores gramaticales o de conducta? ¿Conducir un viejo coche a gasolina y que el copiloto mecánico te corrigiera si pisabas la línea continua, si te olvidabas de poner un intermitente, o si llevabas la radio muy alta?

Lo de conducir ese tipo de aparatos contaminantes, ya nadie lo hacía, pero discutir con un robot sería una costumbre que llevaría al caos. En tal situación era suficiente decir, "acabemos aquí está discusión", y el mecánico comprendería que había momentos para hablar y momentos para estar callado. ¿Hay algo más incómodo que un niño corrigiendo a su padre en público? Diciendo, "papá, ya te dijo mamá que no hables con este señor", y sonando investido de una autoridad militar, recibir de vuelta una contestación inmediata, " cuando lleguemos a casa tenemos que hablar tú y yo".

No es extraño que un científico que guardaba celosamente su edad, que tenía prótesis mecánicas en las partes más escondidas, diminutas pero importantes de su cuerpo, le llamara a los robots, casipersonas. Él era un humanoide. Nadie lo sabía pero cualquiera podía apostar mil a uno, a qué únicamente conservaba su cerebro original, y ganaría la apuesta. El cerebro del siglo estaba a punto de desaparecer, por culpa de una guerra, que en principio, era el método menos inmoral de mantener los niveles de natalidad. El cerebro del hombre que había acuñado el término "casipersonas", aceptado por todos menos por un inculto coronel. El soldado galardonado por su valor, que asumía la expresión, "muera la cultura y la ciencia" como propia y no siquiera en eso era sincero, renegaba del saber, del mismo modo que asumía su racismo. Y frente a la guerra total, los dos cerebros tan opuestos, uno tan lúcido y otro tan obtuso, quedarían silenciados para siempre.



Cuando estalle la tercera nuclear.

Ella asistió a su última cita con Giorgio vestida como una princesita, todo lo contrario de lo que solía. Era algo que chocaba frontalmente con su personalidad y su habitual forma de vestir. No era una chica muy femenina, de eso estaba segura y no era un secreto para nadie. Pero, en ese caso creyó que se trataba de una ocasión especial, Giorgio había destacado como el más estable de sus amantes. Tilo la había convencido, también llevaba razón en eso, era el momento de dejar aquella forma tan superficial de vivir y empezar a tomar en serio sus propias afinidades y sentimientos.

Llevaba una rebeca sobre una camisa blanca con cuello de encaje y una faldita a cuadros hasta la rodilla, en el pelo se había puesto un prendedor de rosa plástica muy llamativo y pretencioso. Giorgio se quedó asombrado, se besaron y todo eso, pero en cuanto pudo, Jaiva se quitó la chaqueta porque le apretaba. Giorgio siempre había pensado que ella no era consciente de su potencial. La imagen que expresaba con chaqueta o sin ella, con broche de rosa roja en el pelo o sin él, era una imagen poderosa, podía aspirar al hombre que quisiera, desde un actor o un científico, a un multimillonario ocupado en hacer dinero y multiplicar su fortuna. Lo que quisiera. ¿Qué había visto en él? Eso era algo que nunca descubriría. Así pues, nadie se hubiese sentido más feliz de verla tan inclinada a un encuentro especial aquella noche, si ella no le hubiese revelado casi inmediatamente, que lo perdería de visto por una temporada porque se iba a las estrellas en un programa espacial. Aquello le chafó la cita más excitante de su vida. En el momento en que por fín notaba en ella que mandaba señales de interés sincero, la noticia, "me voy al espacio", lo había desarmado, incluso si había llegado a la cita excitado por su imaginación, ardiendo de deseo, en ese momento quedó tan desanimado que ya no pudo tener sexo esa noche. "Lo siento, creo que no estoy con el ánimo necesario". Eso fue a peor, cuando ella definió el significado de "me voy al espacio por un tiempo", ¿Cuánto tiempo? Y ella respondió, " dos años como mínimo. No te voy a pedir que me esperes, pero cuando vuelva me gustaría volver a verte. Si entonces tienes pareja, no seré un obstáculo, por eso puedes estar tranquilo".

¿Por qué todo se volvía complicado con el paso del tiempo? Si quieres que todo se vuelva difícil, siéntate a esperar.

Recordó la despedida como si la necesidad de ser fiel a un recuerdo reciente llegara después de ver los platillos volantes situarse a una distancia prudencial y a continuación, quedar en estado de shock mientras el planeta azul saltaba por los aires y se convertía en una antorcha en llamas.

Resultaba demasiado fácil culpar a unos y a otros, a los políticos, a los presidentes, a los militares y a todos los que habían visto con buenos ojos otra guerra de fronteras. Demasiado tarde y cómodo indignarse, los mataría a todos si eso hubiese evitado la catástrofe. La hubiesen llamado terrorista y la hubiesen condenado a pena de muerte, pero habría salvado la tierra. Todo era ya tan relativo, las leyes no servían, incluso el deseo de justicia se volvía algo personal. No creía que nadie hubiese sobrevivido, pero imaginaba que una nave albergando al presidente y todo subséquito aparecían para hablarle y convencerla de que todo había sido un lamentable accidente, ¡imaginaba tantas cosas! Intentaba saber, En una situación así ¿cómo actuaría?

Para los robots nada había cambiado tanto, la misión continuaba y había tareas que no se podían dejar para más adelante, sobre todo aquellas que tenían que ver con asegurar la

energía del cohete a largo plazo. Eso la ayudó a salir del estado de ensimismamiento en el que se había quedado. Contaban con ella para hacer algunos cambios, incluso le pidieron su opinión para establecer nuevas rutas y por no confundirlos les siguió la corriente; era obvio que no sabían cómo se sentía. Desde niña había llorado un par de veces en presencia de Tilo y le había creado una gran confusión porque nunca había podido explicarle que era aquella agua salina que le caía de los ojos. Por supuesto, él tenía conocimientos de anatomía y medicina, pero verlo y entenderlo era otra cosa. Para sorpresa de Jaiva, Gerundino hizo un estudio sobre daños materiales y personales del final de la guerra, parecía que le importaba más de lo que había supuesto, cero supervivientes, ninguna posibilidad de reconstrucción. A pesar de ello, Jaiva concibió la posibilidad de vagar por el espacio durante unos cincuenta años (se trataba de una cifra aproximada), y entonces, respondiendo a una planificación tan larga, volver e intentar encontrar algún lugar no tan calcinado, en el que poder terminar su vida. Fue un pensamiento fugaz, tenía lo mismo de emocional que de irracional, y no lo iba a compartir con sus mecánicos.



## El hombre lobo y las cavernícolas

Jodi Teiltenbaum era una chica de pueblo, había crecido en una granja y le gustaban los animales, especialmente las vacas. Pero también le gustaban las fotos de las actrices de cine y como vestían, con sus cuerpos perfectos y muy maquilladas. Tal vez por eso al cumplir los dieciocho se empleó en un restaurante de comidas rápidas en una pequeña ciudad de provincias. Se instaló en un apartamento diminuto con un compañero de trabajo -Teddy le ofreció la posibilidad de instalarse por un precio razonable en una de las habitaciones y la advirtió de que era gay, y que por lo tanto en ningún otro lugar iba a estar más segura-, y como no era muy buena idea desplazarse a la ciudad con una devoción las vacas de sus padres, y tampoco le cabría en el apartamento, se llevó consigo un gato que se llamaba Cecilio, el nombre de un mayordomo en una vieja película española que había visto.

Debido a su buen carácter, a su inocencia juvenil, que a algunos le podía parecer infantilizado, algo necesitaba cambiar dentro de ella, que sin duda conseguiría tratando con clientes descarados, torpes, crueles o con aires de superioridad. No sólo la unía a Teddy todo lo que le había facilitado su aterrizaje en una ciudad y una situación, desconocida para ella, también habían con él un vínculo de amistad que surge cuando sientes que alguien se preocupa por tí, y Teddy parecía "estar al quite" como hacen los subalternos en la tauromaquia interviniendo si el torero está en peligro. Es decir, que si la veía que se liaba con una entrega o un pedido, y algún tío desagradable la humillaba, allí estaba Teddy con toda su pluma para decirle, "puedes ir al bar de enfrente y si eso te molesta tírame de ésta", o una lindeza parecida. Jodi le hubiese dado la oportunidad del cortejo popular si él le hubiese mandado señales, era todo lo que siempre había deseado en un chico, pero los que había conocido intentaban manosearla y morrearla todo lo que podían sin pensar mucho más, y ella les daba pasaporte con premura. Es posible que aquella circunstancia que los mantenía a cada uno en su sitio, hubiese contribuido aún más, si cabía, a hacer sólida su amistad.

A esa amistad se incorporó la comprensión de Teddy, cuando una tarde dos señoritos que tenían toda la pinta de ser millonarios, aparcaron su descapotable y se acercaron a la barra para pedir dos de ginebra con tónica y un teléfono. Y digo de su comprensión, porque desde el primer momento, su amiga se desvive por atender a aquella pareja de sexagenarios, se muestra servicial, solícita y entregada, sin la fuerte personalidad que había demostrado hasta entonces. ¿Qué le estaba pasando? Sólo le faltaba lamerle las botas, Teddy no podía creerlo. No era tan raro a los ojos de otros trabajadores, después de todo, "sólo se trataba de una camarera" . También lo sobresaltó la idea de si aquel servilismo no la convertía en presa fácil de los timadores.

Cuando Jodi llevaba un buen rato hablando y riendo con sus nuevos amigos, Teddy buscó el momento para acercarse y decirle suavemente, "cuidado chica, cuando más dinero tienen, son menos de fiar", ella se encogió de hombros.

La señora Vanishead y Eduard, su amigo artista, tenían edad para ser sus padres, pero se comportaban como si la diferencia de edad no existiera, se ponían a su altura, le reían las bromas y no dejaban de decirle lo bella que era. Iban vestidos para jugar al golf o al tenis, con pantalones blancos, polos del mismo color, y zapatillas de deporte.

-Verás querida, no es casualidad que paremos en este café. Ya hemos estado otras veces y Eluard se había fijado en tí -dijo la señora haciendo que Jodi se pusiera a la defensiva, y diese un paso atrás-. No es lo que piensas preciosa, puedes estar tranquila. Mi amigo es

diseñador de ropa y dibujante. Le gustaría que posaras para él en alguna ocasión. Por supuesto te pagaremos por las molestias. Desde que te vio está obsesionado con dibujarte.
-No sé. Tengo que pensarlo.

El fin de semana salimos a la disco "La boite" a bailar y tomar unos cacharros, ya sabes. Si te animas, dí en la puerta que vas de nuestra parte, te dejarán pasar.

Jodi se daba perfecta cuenta que estaba rabiando por decirle que sí a cualquier cosa que le pidieran, pero se contuvo. Le resultaba doloroso saberse tan débil, influenciable, deseable y dispuesta a la vez. En cierto modo se avergonzaba de sí misma. Sabía que no podía evitar los chismorreos, llevaba poco tiempo en aquel lugar, nadie, ni siquiera Teddy la conocía lo suficiente y eso despertaba todo tipo de especulaciones. Era pronto para que empezarán a desaprobarla, por eso no iba a ser condescendiente con las miradas que la censuraban. Pasaba de ser una gatita tímida, servicial y presumida con la señora Vanishead, a devolver miradas de crueldad y altivez a los compañeros con los que sabía que nunca podría simpatizar. A veces pasa, a algunos atrevidos los detestaba son apenas conocerlos por la forma en la que la miraban. Alteraban su normal desenvoltura con aquellas miradas, por fortuna no había habido insinuaciones soeces, ya lo había vivido una vez con un chico del pueblo y había salido con él un tiempo. Debemos suponer que los primeros amores, cuanto más lanzados y rápidos son los chicos, menos incomodidades.

-Tranquila preciosa. Se te ve nerviosa y te sacarán de tus casillas -Teddy se acercó de nuevo sin esperar respuesta. Tenía más cosas que hacer que cuidar de su joven amiga.

Los compañeros de piso pueden ser buenos amigos, pero no siempre se les cuenta todo. Él notaba que era reacia a compartir lo que se traía con aquella gente. También la notaba pensativa y menos habladora que otros días, por consiguiente la carga que suponía preocuparse por ella se aliviaba, y cuando él sábado no fue a dormir y llegó el domingo después de comer no le preguntó. Teddy se mostró totalmente indiferente, despreocupado y desatendido de lo que no fueran sus propios asuntos.

Pasó un tiempo hasta que Jodi se sintió preparada para hablar de los cambios que se estaban operando en su vida. Sus nuevas amistades no eran su familia, pero ella quería creer que podía confiar en ellos como si lo fueran.

-Escucha guapa, la vida te enseña. Yo soy un gay duro. Nunca he llorado por los golpes de la vida, por las contradicciones, por el trabajo duro y el salario mínimo, nunca lloré por mis problemas. Sin embargo, lloro con las películas cuando la gente que sufre encuentra consuelo y justicia, y también lloro con las noticias cuando la gente se manifiesta para parar una guerra y se unen contra el negocio de la muerte. Soy una persona sensible, me preocupo por mis amigos. En cierto modo, soy muy sentimental. Pero no te equivoques, no me fío de esa gente,cuanto más dinero hay en juego, más falsedad, pero si estás a gusto con ellos, por mí vale.

Nadie puede imaginar lo que siente una chica de dieciocho años cuando tiene pensado pasarse poniendo cafés durante más años de los que tiene, y de pronto, la suerte se cruza en su camino. Estaba como loca, intentaba encajar lo que le sucedía y le apenaba que Teddy no compartiera su gozo, pero tenía que contárselo a alguien y él era la persona más apreciada en su situación. Le había demostrado que la apreciaba y sabía que terminaría por entenderla.

-Hay cosas que pasan en la vida que nadie puede entender. Espero no equivocarme con ellos -dijo refiriéndose a sus nuevos amigos-. He conocido gente que me ha hecho daño, soy joven pero no tonta. Yo tampoco soy la Virgen María, ni aspiro a serlo.

-¿A qué te refieres? Eres buena chica, intentas salir adelante, como todos -replicó Teddy.

- -Soy ambiciosa Teddy, me da vergüenza decirlo. Me han invitado a ir a París.
- -¡Cuidado! Estarás lejos y desprotegida.
- -Lo sé, no soy tan tonta. Eduard me ha dicho que quiere que sea su musa, ¿Qué te parece? -se detuvo y añadió-. Me ha dibujado y me ha soltado doscientos euros, más de lo que saco en propinas en una semana.
  - -Te están liando. Deja siempre la puerta abierta por si tienes que salir corriendo.
- -Tus amantes son más peligrosos y nunca te lo dije. No te conozco -intentaban superar sus incomodidades, así que Teddy podía decirle lo que quisiera que ella estaba decidida a hacer su viaje a París. Nadie podría detenerla. Tal vez no se lo merecía, pero era la cosa que más deseaba en el mundo.
- -¿Así que musa? Bueno, tendré que apoyarte como siempre -sonaba resignado-, sólo espero que si terminas haciendo una peli porno me la mandes por correo.
  - -Eres un cabroncete, ¿Sabes?
- -Creo que no me entiendes preciosa. Si hay algo que quieres de verdad nadie podrá pararte. Eso ya lo sé.
- -No es lo que piensas. Hacen negocios con la gente. Venden sus proyectos, sus vestidos, y tienen una agencia de automóviles. ¿Viste su auto? Cuesta tanto como este apartamento. ¿Cómo voy a decir que no? Hay oportunidades que se presentan sólo una vez. Y puedes estar tranquilo sobre Eluard, él es mayor y me ha dicho que ser su musa no es algo sexual. Es artístico, ¿Lo entiendes?
- -Si querida, lo entiendo. Bueno, si la señora Havishead se mete en tu cama, al menos no quedarás embarazada y no tendrás que salir corriendo a qué te hagan un aborto.
  - -¡Cómo eres! Me doy por vencida.

Unos días después, Jodi salió con sus nuevos amigos para la ciudad de la luz, le pidió a Teddy que le cuidara a Cecilio. Él no era muy experto en cambiar areneros de excrementos y bajarlos al contenedor, pero aceptó porque era un sentimental y deseaba volver a verla. Además de eso, tenía esa forma de ser de la gente que no permite en sus planes entrar la idea de fundar una familia, ni nada parecido, y en esos casos en los que el convencimiento es firme, la amistad tiene la relevancia de los lazos familiares más estrechos.

Aunque hubiese sido por un segundo, el teatro que ambos le ponían a la vida los hizo sentirse muy próximos. Le daba pena que se fuera a París, pero en verdad tenía que desearlo tanto como decía para dejar su gato atrás. Hay fuerzas invisibles que no están al alcance de todos el mundo y ellos lo tenían.

La señora Havishead la tenía muy controlada intentando que ella no se diera cuenta. Pidió una habitación con dos camas, y si salía le preguntaba a dónde iba, le prometió que le iba a buscar un chico prometedor y de buena familia para que pudiera tontear con él, con la condición de que no se enamorase y no le hiciera promesas que nunca podría cumplir. Tenía que comportarse como una niña caprichosa. La había observado y sabía que hacer de sí misma no le iba a ser tan difícil. Tenía que fingir ser lo que no era, actuar todo el tiempo. Todo el mundo lo hacía, no había motivo para preocuparse o creer que se les engañaba. De forma consciente, estaba convirtiendo a Jodi en la mujer más seductora del mundo. Le compró ropa, fueron juntas a los cafés y a fiestas, visitaron las tumbas de poetas insignes, y cuando asistieron a un desfile de ropa de primavera, le dijo que se fijara bien en como lo hacían porque tenía intención de que pudiera mostrar su talento muy pronto y aprender a caminar con la barbilla alta, la mirada indiferente y la determinación de una yegua árabe.

La chica tímida y azorada del café, estaba cambiando, no era difícil darse cuenta. Les costó un poco más de la cuenta introducirse en algunos círculos, eso no era un secreto. El periodo de formación duró un poco más de lo esperado porque el pretendiente que buscaban no aparecía. Sin embargo, Eluard conocía a mucha gente, por eso no dejaban de moverse, de aceptar invitaciones o fines de semana en la montaña, todo era nuevo para Jodi, una vida fácil, sin inconvenientes, y vivir de hotel era algo a lo que se había acostumbrado con toda naturalidad. A esas alturas, ya había comprendido que Eluard tal vez no vendía ni un cuadro, nadie se creía mucho que fuera un reputado artista, menos él mismo que tenía una opinión muy elevada de sí mismo. Ella se había acostumbrado a sus atenciones, asumiendo que no pretendía sus favores, por eso empezó a posar desnuda para él como si eso ya no fuera un inconveniente. Le gustaba ser observada y pintada, siempre que al acabar él le permitiera ver el resultado. Le agradaba echarse sobre un diván y pasar las horas alimentando su ego. Eduard le decía que era una diosa en cada trazo concluyente, y si tenían alguna visita se conformaba con ponerse una bata hasta los tobillos y una zapatillas. Era suficiente para asistir en silencio a alguna de las aburridas y pretenciosas conversaciones de los amigos mayores de Havishead.

No cabía duda, habían hecho una buena elección, era la chica más decidida y resultona que podían haber encontrado. Se acostumbraba con facilidad al rol que le imponían, estaba cómoda. Había noches que dormía completamente desnuda. Ni siquiera Havishead podía pasar por alto un cuerpo juvenil ardiente y de piel tan blanca, si hubiese sido un hombre no habría sido capaz de resistir la tentación y se habría levantado en mitad de la noche para meterse en su cama con alguna estúpida excusa. Tenía los pechos pequeños pero bailaban como gelatina. Había visto otras mujeres desnudas, Havishead era una mujer mayor y también había desfilado por pura diversión, se había desnudado con otras chicas en camerinos remotos, unas con el pecho muy caído, otras lo embuten hasta que les tocaba la garganta y quedaban sin aire por la presión, pero ninguna lo tenía tan perfectamente colocado como Jina. Ahora empezaba a dejar de parecer tan inocente. ¿Por qué las mujeres jóvenes parecen no haber roto un plato y nadie las cree? Por fortuna sabía disimular y evitar que Jina pudiese adivinar sus pensamientos, todo se iría al traste, si la joven perdía la confianza que le demostraba, sería un daño irreparable.

Por ese tiempo, sobre todo en Italia estaban de moda los coches descapotables del estilo Giulietta. Eran coches hermosos y manejables para conducir por las estrechas carreteras de la costa, conducir acompañado de una dama de cine y mirar los barcos de vela deslizándose sobre el mar plateado. **Giuliano** se fijó con el coche de Eluard, pero el artista se había encariñado con él y si lo había recibido embalado por Mar desde un país lejano, así empezó una negociación que no parecía llegar a buen puerto. No lo iba a vender fácilmente. Hay tiempos en los que las modas alteran hasta la conducta de los hombres con un aplomo aparente. A Jodi le indignaba oír hablar de aquel hombre y que nadie sintiera interés por presentarlo. Al fin, un día saliendo del hotel lo vio acompañando a Eluard delante del coche rojo vino, inmediatamente supo que era él y se plantó sin moverse a la espera de ser introducida en la conversación.

Los amigos de la pareja eran sustituídos con facilidad, sobre todo si su conversación era aburrida y los modales inadecuados. París contaba con muchas oportunidades de conocer gente sofisticada e interesante, podían prescindir de Giuliano cuando quisieran, no era obligatorio atarse indefinidamente a él, y sin embargo, pasaban los días y su nombre volvía a las conversaciones, surgía por casualidad como si un espíritu lo estuviese invocando desde las mentes espontáneas de otras mujeres que les hablaban de él. Esto hizo comprender a Jodi de que se trataba de un caso especial, y que tenía Giuliano para rato.

Sentía curiosidad, por eso cuando Eluarda se lo presentó no se conformó con darle la mano, se abalanzó sobre él para darle dos besos, se desequilibró y cayó sobre el capó del Fiat.

La chica se daba perfecta cuenta de que estaba cambiando y que sus patrones, los que siempre le habían servido para decidir si un chico estaba a su altura, estaban cambiando. No podía arrepentirse ni culparse, de haber sido condescendiente con los más brutos, porque entonces, ella no era la misma. Se preguntaba dónde había quedado la joven de pueblo que reía sin parar cuando despertaba el interés de chicos mayores. En una ocasión, incluso le había preguntado a Havishead si notaba que había madurado, y lo había hecho con una frase llena de dramatismo: "¿Es posible que sea lo suficientemente adulta para aceptar que un hombre me romperá el corazón?".

La opinión de Havis Head acerca de los avances de su pupila ya se los había dejado claro en otra ocasión, " El amor es una ruina, no te enamores". Y cuando Eluard se mostró a favor de aquella afinidad entre los dos jóvenes, se lo volvió a decir, " puedes jugar con él, pero no te enamores, no es lo que necesitamos". ¿Lo que necesitaban? ¿A qué se referían en su intrincada estrategia sus nuevos padrinos? Antes de salir para su viaje, Jodi le había pedido a Teddy que, bajo ningún concepto, le dijera a nadie que se iba de viaje a París, porque si sus padres se enteraban, la matarían. No sé lo tomó al pie de la letra, pero le quedó muy claro en qué consistía el nivel de severidad de sus castigos.



2

La lágrimas de paloma cazan hombres muy grandes

Aunque sus relaciones iban mejorando, Jodi se centró en Giuliano, en llamarlo, quedar con él para paseos y excursiones e intentar parecer más chistosa de lo que era en realidad. Ya le resultaba evidente que Eluard intentaba hacer un buen negocio vendiendo un coche con muchos más años y kilómetros de los que decía. En un mundo de pillos, ella jugaba un papel fundamental para darle a su sociedad el aspecto de una familia bien avenida. El papel de sobrina en viaje de placer le iba bien, en realidad era así como la hacían sentir. No le sorprendió que su opinión tuviera tan poca importancia, cuando Havishead le ordenó dejar de verse con Giuliano. "Estimada niña, ese hombre está arruinado, son un euro, seco, así que no perdamos más el tiempo, y no me repliques", Jodi permaneció en silencio, para ella era un auténtico fastidio, después de todo, estaba empezando a distraerse y sentirse libre con sus salidas amorosas al campo.

Si encontrásemos una expresión poética para definir la decepción impuesta a uno mismo (no olvidemos que por muy arruinado que estuviera, Giuliano era guapo y refinado, y ella estaba mucho más pelada que él), esa expresión tendría que ver con acostumbrarse a convivir con nuestros sueños convertidos en alfileres.

Lo.lógica del bien resulta muy interesante, la virtud del sacrificio, el sentido de hacer algo por los demás, la coherencia de aspirar a un mundo mejor, de gente capaz de sentir piedad y encumbrada en el dolor de los otros, y mucho más interesante que la simpleza del mal, la tentación, la mezquindad, la ocultación, el deseo, el placer, la ambición. Por desgracia Jodi estimaba que sus motivos no tenían ninguna de las virtudes del bien. Mucho tiempo después, ya de vuelta de su aventura le confesaría a Teddy que ella no entendía lo que estaba pasando hasta que escuchó a Havishead decir a Eluard, "te salvaste por los pelos, si formalizas la venta del coche no lo ves más y no cobras ni la entrada. Eres un estafador de tercera división, eso sería una buena excusa para él, ¿No crees?"

En París en esos círculos todos engañaban a todos, y los nuevos ricos soltaban su dinero con facilidad a cambio de parecer algo que no eran, burgueses refinados. No había forma de convencerlos de que por mucho estilo que intentarán comprar se les notaba de lejos su procedencia, pagaban fiestas, compraban ropa de diseño, se apuntaban en negocios de alta costura como socios, compraban coches históricos. Especialmente los que habían tenido una infancia en el campo con padres agricultores, se expresaban con más torpeza, por eso.cuando Jodi confesó a Teddy que había tenido razón al advertirla por los peligros del mundo del demonio y del pecado, también añadió que durante mucho tiempo la atormentó pensar que tal vez no interpretaba bien su papel y se le notaba que hasta los doce o trece años, se subía a los árboles como un chico.

Al final, había necesitado sincerarse con Havishead y le había dicho que comprendía sus negocios y que cualquier esfuerzo por ganar dinero era respetable, a lo que añadió, que si su papel era el de la chica mona que atrae posibles clientes para sus asuntos, que asumía su parte. Le hubiese gustado concluir que podían habérselo dicho, que aceptaba las condiciones del viaje, no era tan cortita para no entender que todo tenía un precio y pretender simplemente estar a la sopa boba era un atrevimiento o un exceso de inocencia. No lo dijo todo, se conformó con mostrarles su apoyo y demostrar que después de tantas indirectas, al fin había comprendido el asunto en el que andaban, y su propia utilidad.

Eluard encargó a una modista la confección de unos trajes que él diseñaba, y consiguió venderlos inventando una marca y una historia familiar. Sus nuevos amigos se habrían quejado y lo habrían denunciado de haber sospechado, pero la calidad de las telas era superior, y Jodi admiraba el trabajo hecho. Tal vez no estuvieran en el circuito de las grandes exposiciones, pero aquella ropa a Jodi le parecía maravillosa. Eluard solía decir que le hacía falta un socio para darle a sus ideas un carácter más industrial. Por fortuna cuando Havishead le dijo a Eluard que había encontrado un nuevo dependiente para la niña, aún no habían vendido el coche, y podían llegar con la música Wagner a todo trapo el fin de semana a la casa de campo familiar y jugar al tenis hasta que se hartaran. Havishead I había vendido uno de los cuadros de Eluard a buen precio, en el óleo sobre lienzo, Jodi exhibía las piernas saliendo de un albornoz, además de medio pezón en un escote distraído y el pelo envuelto en una toalla a modo de turbante. La idea de ambientar aquella figura excitante como si estuviera saliendo de la ducha, también había sido de Eluard, cuando en realidad el trabajo principal sobre la modelo lo había realizado en la habitación del hotel. Billy Bragg y Brigitte pagaron de buena gana el dinero que le pidieron por el cuadro y expresaron su deseo de presentarle la musa a su hijo Ronny y a su hija Steffi. Una familia bien avenida con una vida fácil, llena de satisfacciones, y por qué no, frecuentes invitados que la hacían más entretenida. La belleza de Jodi empezaba a dar sus frutos, una vez más el ojo artístico de Eluard había acertado en su elección. Para Jodi, tal vez sus amigos eran un poco tramposos, pero nadie podría poner en duda su talento si los conociera. Estaba segura de que los recordaría con afecto el día que pusieran punto y final a su nueva

aventura y tomarán la decisión cambiar de aires, sospechaba que cuando eso sucediera ella ya no encajaría en sus planes.

Cuando por fin se convenció de que si Havishead había encontrado un nuevo pretendiente para ella, sería de su gusto. La conocía bien y le diría que era guapo y buen partido, Ronny era lo mejor que podía ofrecerle en aquel momento, pero tampoco iba a ser fácil encontrar algo meior para seguir dándose un tiempo. Jodi salió a dar un paseo corto porque los besos de Giuliano aún sabían en su boca. Fue el buen juicio y el respeto que sus amigos le habían demostrado lo que la ayudó a tomar una decisión. Volvió al hotel lamentando que Giuliano hubiese desaparecido sin prometerle amor eterno, eso habría ayudado, salió del ascensor y al aproximarse a la puerta de su habitación oyó unos gemidos que le parecieron de un gato. ¡Qué raro!, se dijo ¿Habrá visita? Abrió con cuidado y entró. Habían echado las cortinas y en la penumbra fue totalmente consciente de la realidad de su descubrimiento. No era una gata lo que producía los gemidos sólo comparables a un llanto, verá la señora Havishead moviéndose con pasión sobre el cuerpo de un hombre. ¿Por qué ella no hacía aquellos jadeos musicales? Tal vez era demasiado joven para disfrutar como Havishead parecía estar haciendo. Fue descubierta al darse la vuelta y tropezar con una silla, un minuto más y hubiese salido en silencio. Se disculpó pero ya era demasiado tarde. Era un hombre mayor, el que se levantó tomando su ropa. No sabía cómo reaccionar, si salir pitando y decir alguna otra cosa. El hombre se iba poniendo prendas de ropa de camino a la puerta. La señora Havishead se acercó a ella completamente desnuda, sin tan siguiera taparse con la sábana. Le puso la mano en el hombro y la tranquilizó, "No te preocupes, no pasa nada. Debería haberte avisado para que tardarás un poco más". Havishead era una mujer llena de carne, su cuerpo no era como el de sus amigas adolescentes con las que se bañaba en el río. Claro está que la había visto otras veces en paños menores, pero no le había producido aquella sensación de desamparo. La desmedida sensualidad que expresó en aquella ocasión la hizo sentirse insignificante. Estaba decidido, iban a ser unas excitantes vacaciones aunque sólo jugarán a tenis, la perspectiva de llegar a amar alguna vez, como Havishead la animaba a seguir sus planes. En realidad, eso y la reflexión de su paseo, porque a su edad era fácil creerse enamorada y Giuliano no demostraba sentir lo mismo o ya le habría visto desde su desaparición, aunque fuese a escondidas.

Así pues, el punto exacto de inmoralidad en su nueva vida, muy poco a poco, había ido tomando forma. Por algún motivo había imaginado que Havishead tenía amantes mucho más jóvenes, y aquel hombre le pareció un abuelo con el brío de un semental, eso sí. Asistir a intimidades ajenas por sorpresa, no le resultaba agradable, no había sido forzado, planeado ni siguiera consciente. Los accidentes suceden, a veces, como era el caso para abrirnos los ojos. Una amiga de la infancia le había confesado que era corriente que los niños descubrieran a sus padres haciendo el amor, que ella le había pasado, y le había dado detalles muy precisos de la furtiva visión que, al fin, la había llevado a dejar de creer en los reyes magos y el mundo de ficción que habían montado a su alrededor. A Jodi jamás se le hubiese ocurrido entrar en la habitación de sus padres por sorpresa al escuchar jadeos intermitentes. Ya era mayor de edad, y Havishead no era su madre, pero de alguna manera el descubrimiento se había producido, un poco tarde para desmontar su inocencia; ya hacía mucho que un chico del pueblo la había llevado al río a la luz de la luna para mostrarle lo que él previamente había aprendido. Fue muy torpe, el muchacho hizo lo que pudo, no sirvió como una primera vez romántica, pero para hacerse una idea de lo que ya ella había imaginado, para eso sí sirvió.

Empezaba a ser consciente de que aquel viaje era mucho más lioso de lo que había pensado. Ya era más que una sospecha que su cara angelical y su cuerpo diminuto era un punto muy importante que sus amigos esperaban que explotará encendiendo el deseo de los hombres a los que esperaban retener, convencer y finalmente desplumar. Comprendía al fin su poder, incluso hasta dónde estaba dispuesta a llegar, y no por un enamoramiento fugaz como le había pasado con Giuliano. Desde luego su poder estaba en sentirse a gusto con la expansión de sus, hasta el momento, ligeras curvas e iba mucho más allá de posar desnuda para Eluard y permitir distraídamente que las visitas pudiesen estar, mientras él casi, o aún no del todo, artista terminaba su sesión.

Generar un necesario optimismo, llevada de la mano de la recién conocida y asumida altivez, la hacía flotar en cualquier ambiente, por desconocido que fuera. Eso también formaba parte de la esmerada formación a la que la estaban sometiendo. La discreción y aprender a mentir con naturalidad, serían parte de la formación más elevada, refinada y deseada.

Con un sacrificio incuestionable seguía los pasos que le iban indicando, y a pesar de la ternura propia de su edad, y las emociones inesperadas, era ya capaz de mantenerlas a raya. La tarea más importante en este sentido fue llegar a la enorme casa de sus anfitriones, y al ser presentada y percatarse de que Billie Bragg, el cabeza de familia marido de Brigitte, era el mismo señor mayor que saliera corriendo de la cama de Havishead, ser capaz de frenar toda reacción, levantar la mano y saludarlo como si aquella fugaz visión mientras él recogía sus partes en un viejo calzoncillo, jamás hubiese existido.

Comieron estupendamente, la conversación fue muy agradable. Los hijos de Brigitte y Billy Brag eran también amables y divertidos, lo que resultaba muy conveniente porque en esa nueva vida que llevaba todo eran novedades, pero no tenía muchas ocasiones pasar tiempo con chicos de su edad. Ni siquiera Giuliano lo era, debía llevarle al menos diez años. Lo había pasado muy bien con él, el italiano había sabido conducirla y distraerla, pero no era exactamente lo mismo.

No puede decirse que no deseara estar allí, que no fuera agradecida o que empezará a dudar de sí misma. Es una cuestión que deberíamos aplicarnos cada uno de nosotros con más frecuencia, y eso es, ¿Por qué hacemos las cosas que hacemos? ¿Qué tipo de egoísmo de segunda división nos motiva? Era demasiado joven para buscar popularidad, protagonismo o satisfacer un ego del que nada conocía. Ni siquiera sabía lo que significaba y cómo funcionaba de forma instrumental en otras personas. No sabía a qué venía toda aquella emoción infantil cuando empezó a salir de paseo, de compras, a bailar o a bañarse en el lago. Antes bien, que mostrar su felicidad, su risa y tontear con Ronny, el hermano pequeño de Steffi, parecía hacer disfrutar a todos, especialmente al joven estudiante de poesía.

Es que parecer de buena familia no quiere decir que tuviera que renunciar de cada sorpresa y cada inmerecido nuevo juego. De hecho, nadie, ni siquiera el desconfiado Billy Bragg, podía imaginar que tenía delante a una sencilla y ruda niña de pueblo. Havishead había hecho un buen trabajo. Los niños bien, clase a la que pertenecían Steffi y Ronny, hacían lo que les venía en gana y ni siquiera sus padres se permitían reprender los por asuntos de poco entidad, muy posiblemente por mantener aquel ambiente de feliz indiferencia por los asuntos mundanos. Jodi, necesariamente debía someterse a su inconsciente, que le dictaba sin tregua: Eres una chica con suerte.

No sé exactamente cómo explicar una felicidad adolescente tan plena, tan de creer que has alcanzado lo que nunca soñaste. No se puede reprimir, se ríe por todo, hasta las más pequeñas tonterías. Fuera de su cuerpo todo era de colores, acompañándola, ignorando

otros dolores pasados. Recibiendo de buena gana las atenciones y lisonjas de Ronny, permitiendo que se acercara y le tocará los brazos mientras le hablaba, como si otros chicos no lo hubiesen hecho antes. Acorralada contra un seto por la conversación incansable del joven que no sabe cómo entrar en un tema más directo, personal y sensual. Y ella ríe, porque lo sabe hacer mejor que nada, es como recibir toda esa vibración en los pantalones de los adolescentes, no es la primera vez que le pasa, y devolverlas con risitas cómplices. Ya no tiembla con el juego como un par de años antes, pero sigue sintiendo esa vibración interior, el hormigueo de desear lo mismo sin poder entregarlo. Tal vez Ronny piensa que podrá abrazarla y palparla como a una chica fácil, él tampoco sabe mucho de estas cosas y cree que cualquier cosa puede suceder en cualquier momento. Entonces ella se escabulle para pasar por debajo del brazo que la cierra contra la pared de un cine, y soltando una risa nerviosa parece decir, aún no, pero me ha gustado. No puede negar la excitación. Ronny ha fallado esta vez, pero se siente más confiado, tal vez la próxima.

Era el momento de Jodi, por fín notaba que había despertado pasiones adultas ya no era cosa de jovencitos; había florecido y eso era como lo que le hacen las estaciones a la naturaleza, no se puede detener. Intentaba realzar sus partes deseables, abrir un poco el escote y apretar sus vestidos bajo la cintura y sobre todo consciente del peso de sus glúteos y todo lo imaginable bajo la línea lumbar.

No habría sido tan duro admitir una crítica, la seguridad adquirida estos últimos meses, no la iban a reprimir o desafiar fácilmente. No siempre y en todas las nuevas ocasiones, demostraba la fortaleza de su risa. No debía hacerlo o acabarían pensando que era idiota. Funcionaba con algunos hombres que veían un camino a seguir detrás de aquella disposición, pero cuando hablaba con Steffi o Havishead por algún asunto de orden doméstico, si rosa sólo indicaba que estaba nerviosa. Si Havishead señalaba, "creo que hoy quieren comer temprano, no tardes en volver de tu paseo y no permitas que Ronny se sobrepase, es demasiado pronto", y Jodi soltaba una risita que en tal momento no ayudaba. ¿Por qué se ríe? Pensaba Havishead.

Una mañana temprano llegó una visita inesperada, estaban desayunando delante de un estanque de carpas y vegetación submarina. Los ojos de Eluard no podían creer lo que estaban viendo, Giuliano bajando de un viejo y ruidoso Jaguar y saludando a la familia de Ronny como si fuera la suya. El saludo a Eluard fue distante, pero porque no hubiese querido venderle el Giulietta no debía interferir hasta las buenas maneras. Estaba claro que Eluard no iba a decirle que tenía noticias acerca de sus finanzas y que esas noticias no eran nada buenas. Después de hacerle un gesto a Havishead, le dijo a Jodi, "Hola, tienes un aspecto saludable". No era el mejor saludo, sonaba en un exceso de confianza. La respuesta de Jodi ya habrán adivinado cuál fue, sí, una risa nerviosa que nadie supo cómo interpretar.

. La presencia de Giuliano en la casa solo se explicaba por la amistad que lo unía a Ronny, y a través de él, al resto. Había sido su profesor de tenis, y a pesar de que le llevaba casi quince años, lo veía como un colega. Encajaba perfectamente entre tanta afectación, porque, después de todo, ¿un profesor de tenis no es parte del hecho sofisticado de la sociedad burguesa? No había sido planeado pero estaba encantado. Empezó a salir con los chicos, y tenía momentos en solitario con Jodi cuando al ir de vuelta se quedaban relegados. Ronny lo miraba de reojo, sin imaginar que su amigo intentaba disculparse con Jodi por haber desaparecido, o también, porque no iban a hablar de ellos, ni que los dos se conocían íntimamente de antes. Los secretos entre parejas y de cara a la galería, se ha convertido en moneda corriente. Había parejas estables que se movían en sociedad con libertad y por separado, sin que nadie adivinara cuán unidos estaban.

Giuliano siempre había tenido debilidad por los amores furtivos, le gustaba quedar a escondidas en los lugares más insospechados, pasarle notas escondidas a sus amantes y hacerles confesiones al oído. A su modo de ver, amar con tanto secretismo formaba parte de la pareja y sublimaba la entrega. Es posible que se tratara de una leve perversión, muchos se sentirían engañados si supieran lo que se traía entre manos, y ninguna nueva actitud o planes de formalizar alguna de sus relaciones lo rescataría o lo podía redimir, de llegar a parece un seductor de medio pelo.

Debería arriesgarse a pensar que los minutos que caminaba al lado de Jodi, eran el momento de más plenitud del día, justo cuando el ocaso los llevaba de vuelta a la casa. Y justamente reconocer su debilidad, le hacía aceptar que la vida lo invadía a través de todos sus sentidos.

Jodi quedó de encontrarse con Giuliano en secreto, en el pueblo, una tarde sin testigos. En tales circunstancias estaba perdiendo la costumbre de ponerse ropa de deporte y unas cómodas zapatillas, la corrección burguesa empezaba a invadirla, a hacer que se sintiera dominada, y aquella travesura era una liberación en todos los sentidos. Era demasiado pronto para reconocer que lo que unos consideran un juego, a otros les parecería una firme traición. Tras el encuentro pasaron a un café y él le tomó la mano encima de la mesa, allí nadie los conocía. Ella no podía dejar de mirarlo, como una niña llena de inmaduras ilusiones juveniles. Podría mirarlo fijamente durante horas, sin levantar la cabeza a los vidrios opacos de las ventanas y las paredes sucias.

Entonces surge de forma espontánea la cuestión del amor. Los desean hablar de eso. Ella pregunta si se quieren sinceramente o es algo pasajero. Reconoce que él debe saber cosas que ella, por su juventud, aún ignora. ¿Es amor? Pregunta con insistencia, y el cómo un profesor comprometido con su respuesta sugiere, "si no lo fuera no habrías llegado tan lejos".

La forma de amar de Giuliano es áspera, con un punto de indiferencia, para ella va a ser difícil de entender, pero eso lo irá descubriendo poco a poco. Mientras intenta resolver sus dudas, ella sigue mirándolo a los ojos, se siente feliz, pero no necesita el auxilio de su risa, está a gusto a su lado y no tan nerviosa como hubiese supuesto.

- -Desapareciste, pero yo no te busqué. Los dos aceptamos las condiciones. Pero ahora que has vuelto estoy bien. Ojalá podamos hacer que está situación se prolongue.
  - -Lo podemos intentar -respondió él-. Pero a tu tía no le va a gustar.
  - -No es mi tía, pero le tengo aprecio. No sé si voy a poder cumplir todas mis promesas.
  - Carraspeó y puso una voz más aguda para hablar de sus promesas.
  - -Es un poco pronto para empezar a sentir culpa, ¿no crees?
- -Siempre supe, desde muy chiquita que iba a tener que tomar decisiones que no iban a gustar a nadie. O te dejas llevar, o te cuestionan. Siempre he vivido con gente, familia, profesores, amigos, que querían organizarme la vida y me rebelé contra eso. Algún día tendré que contarte quién soy en realidad.
  - -Bueno, sinceridad por sinceridad. Sobrevivo dando clases de tenis. ¿Tú no eres Jodi?
  - -Sí lo soy, pero no la Jodi que tú conoces.

Todos estaban en la casa, así que Jodi condujo a Giuliano a su habitación de hotel. Le dijo que no tocara las cosas de Havishead que era muy maniática y se pasaron todo el día retozando. Parecían hechos el uno para el otro, igual de desafiantes y seductores. Y mientras la tarde se colaba con sombras, Jodi intentaba dar forma a una excusa.

La ropa de Jodi era un saco de arrugas, y tal vez había pasado por tanta actividad como si estuviera haciendo deporte, pero no las carreras de cien metros lisos que ponían por la

televisión los fines de semana. Havishead comprendió nada más verla que algo se estaba escapando a su control.

-Ronny estuvo todo el día aburrido y preguntó por tí -le dijo después de cenar ya en la habitación, mientras Jodi se ponía la ropa de dormir-. Podías haberle dicho a dónde ibas. Sabes que se interesa por tí.

-No me pareció conveniente, estuve con Giorgio -lo dijo como lo más normal del mundo. Es posible que no lo pensara lo suficiente, o no le importará el tipo de tormenta que podría desencadenar en la cabeza de su tía inventada.

Los planes que Havishead y Eluard habían hecho, contaban con tener a Jodi plenamente convencida de cuánto se jugaban. Ella, a sus ojos, hasta el momento estaba cumpliendo con su parte, no había puesto la menor objeción a todas sus condiciones, era, lo que podríamos llamar una alumna aventajada. Había comprendido su papel sin darle demasiadas explicaciones. ¿A qué venía desaparecer un día entero con la excusa de ir a hacer deporte? que habían perdido el autobús y que los habían invitado a comer, unos amigos del profesor de tenis, no le pareció muy creíble a nadie. Hay gente que no espera ser creída, les resulta suficiente con tener un argumento

-¿Nunca has sentido la tentación de tener mucho dinero? Ya sabes, esas cantidades que te permiten vivir como quieras sin dar explicaciones a nadie -soltó Havishead. Sonó como un juego de palabras ¿A dónde quería llegar?

-Todo el mundo quiere dinero. Lo cierto es que sueño con tener dinero. Estoy segura de que aquel día en la cafetería, sólo con verme cualquiera podría adivinarlo

Las señales de una chica ambiciosa son bastante claras. Nadie tenía que excusarse o lamentarse por serlo. Los ambiciosos y los presumidos eran su especialidad, sobre todo si eran de buena familia. Havishead sabía cómo manipular sus egos para que hicieran todo lo que ella quisiera, tal y como hacía Jodi, o que pusieran un buen fajo de billetes en la mesa para congraciarse con ella, ganarse la simpatía de la tía y las atenciones de la sobrina, tal y como Ronny estaba a punto de hacer (claro está sí su padre abría la chequera).

-Querida niña, te dije que no te enamoraras, que lo echarías todo a perder. Ronny está a punto de pagar mucho por esa ruina de coche. Sólo tienes que prestarle un poco de atención. Te prometo que en cuanto suelte los billetes, desapareceremos sin llamar la atención

-Soy una idiota, pero nadie con un corazón ardiente actúa con cordura, ¿No crees? No es de extrañar todo lo malo que me ha pasado en la vida

-Eres muy joven, estás a tiempo de conseguir todo lo que te propongas. No es mi caso, me quedan un par de años de tanto viaje, tengo que empezar a pensar en llevar una vida más tranquila.

Jodi debía prestarse a vivir este nuevo tiempo controlando su deseo, de tal forma que, entre la obediencia y las escapadas, pudiera entender su naturaleza, tan vinculada a Havishead, como incapaz de contener sus travesuras, por así llamarle.

Incapaz de confiar en sus emociones, o de tener la certeza de haber descubierto el amor verdadero, necesitaba creer que de eso se trataba. Con los años, estos juegos de evasión, la irían convirtiendo en una mujer impenetrable.

Como en los días siguientes no habló ni quiso verse a escondidas con Giuliano, él empezó a sospechar que algo pasaba. Por el contrario, sus juegos apasionados con Ronny se sucedían. No llegaba a "las ligas mayores", pero le permitía tocarla como sólo se le permite a los amantes, y eso suficiente para terminar de encenderlo.

Ronny compro el Giulietta, hubiese pagado por él lo que le hubiesen pedido porque Jodi le dijo que soñaba hacer un viaje a Italia y que sería estupendo que él la llevará en el

descapotable. Este tipo de cosas es lo que hace el mundo de los hombres tan irreal, siempre escuchan lo que desean, y no siempre responde a la realidad.

La primavera en la que por fín, Eluard consiguió vender su coche para él sólo significó una pausa antes de otra prórroga, para Jodi era el comienzo de una nueva vida. Fue la primera vez que se sintió inapropiadamente enamorada, e indebidamente recompensada. Havishead la acompañó a abrir una cuenta corriente, le dio un dinero para empezar sus ahorros, y una parte para que pagara el hotel y partir los tres en tren hacia Italia. Le escribió a Teddy una de sus interminables cartas, y a él le hacía muy feliz tener una amiga tan fiel de la qué presumir con sus amantes, leyendo sus aventuras en la cama, comiendo bombones e intentando vocalizar para expresarse con naturalidad, a pesar de todos sus gritos de sorpresas.

No podía contarlo todo, algunos pormenores de su estancia en el campo eran sus secretos, pero le contaba de lo que sentía por Giuliano, y eso hacía gritar a Teddy de excitación. Todos los pequeños detalles de lo que sentía y tener que verse separada del italiano, al igual que la gente que conocía y lis lugares que visitaba, convertía aquellas cartas en algo especial para Teddy. En el poco tiempo que habían convivido le había cogido un cariño especial, pero eso no era tan raro para los seres que vivían alejados de sus familias y le daban esa categoría a una amistad, cuando encontraban a la persona adecuada.

Eluard la veía escribir y sabía que sus cartas iban dirigidas al muchacho del café al que había visto fugazmente.

-¿Sabes qué? Me complace verte escribir, por tus expresiones se que aprecias mucho a ese chico. Yo nunca tuve tan buenos amigos. Me costaba mucho fiarme de nadie. Me hubiera gustado tener buenos amigos, pero la vida termina por poner a prueba cada amistad. Es difícil de superar una traición, incluso el desinterés, y para vivir con un mal recuerdo, era mejor no darle tanta categoría a nada. Con los amores me pasa parecido, me cuesta creer en los arrebatos de pasión.

Jodi, desnuda en otro hotel en Italia, disfrutaba oyendo a Eluard y cualquier cosa que tuviera que contarle, mientras la pintaba exagerando sus curvas como si fuera la modelo de una película de Rush Meyer. No podía imaginarse a sí misma contándole a Teddy como había aprendido a moverse para encontrar cada postura que Eluard le pedía. Había perdido definitivamente la vergüenza. Una de aquellas cartas, cuando ya se habían establecido en Bari, en un hotel pequeño frente al adriático, era para Giuliano, y asumiendo el riesgo de cualquier indiscreción, le decía cuánto deseaba verlo y que lamentaba haber desaparecido una vez más sin decir ni adiós



## La daga Lunar

El hotel Miramar no fue difícil de encontrar. Al principio de su llegada intentó encontrarse con Jodi en algún parque escondido, pero ella decidió que debía confesar un nuevo error, y Havishead terminó por rendirse y le permitió ser visitada siempre que no se comprometiera. Cada vez era más difícil tomar decisiones porque eran más graves, ya nada era como decidir si tomar la leche con o sin lactosa. Le temía a una mala decisión, eso podía arruinar sus esfuerzos.

-Debemos ser sensatos. Se lo he prometido. Podrás visitarme, pero a los ojos de todos somos primos -que una jovencita le pusiera las cosas claras a un hombre que casi le doblaba la edad no sorprendía a nadie.

-¡Et voila!-casi gritó Giuliano al entrar en la habitación. No era tan importante como él creía, sin embargo, resultaba un mal menor y Eluard levantó los ojos e hizo un movimiento con la cabeza a modo de saludo. Al menos, mientras él tuviera a la niña entretenida, Jodi no se metería en otros líos. Si lo hubiesen contratado para hacer ese trabajo no le hubiese salido mejor. La señora Havishead se irguió para darle la mano, pero Jodí entró con su amor en la habitación y no lo soltaba.

Jodi quería que Giuliano entrará a formar parte del grupo, ser inseparables e idear la estafa jamás imaginada. Pero tres era el número ideal en los planes de Eluard y lo rechazaron. Podía estar cerca, hospedarse en el mismo hotel, acompañarlos a cada ciudad que se movieran, pero no podía participar en el negocio.

-Está bien dijo la chica, ya nos arreglaremos.

-iClaro que sí niña! El amor todo lo puede -soltó Havishead pensando todo lo contrario de lo que salía por aquella boca mentirosa.

Todos parecían muy arreglados para salir, y Havishead se acababa de maquillar frente al espejo. Se levantó, se tocó el pelo para terminar de darle forma y se estiró la falda, con los movimientos que las mujeres que quieren estar seguras de ir correctas convertían en costumbre.

-Entonces -preguntó dirigiéndose a Eluard-,¿has quedado con el hombre?

-Si, podemos ir -todo resultaba muy enigmático. Cómo Jodi comprendió que no contaban con ella para aquella visita, le dijo a Giuliano que podían ir a la playa y sentarse en una terraza a ver balistas, todo muy burgués, como correspondía al cambio que se operaban en ella.

El nuevo negocio de Eluard consistía en vender los cuadros que hacía a un precio desorbitado, por eso se había vestido de forma extravagante, de colores vistosos, un foulard, un sombrero enorme y una camisa que colgaba hasta las rodillas, ese era su mejor papel. Aquellos cuadros eran casi pornográficos y estaban teniendo un éxito que le hizo dudar y preguntarse si sería realmente tan buen artista como las ventas le hacían creer.

Jodi dudó. Es posible que no fuera conveniente insistir e intentar colarse en aquella visita, o que no valiera la pena recibir una mala contestación, según lo que ella misma le había dicho a Giuliano, empleando un tono seco, empezaba a notar que su relación con

Havishead se empezaba a resentir. Le parecía que aún con todo lo que les debía y por lo que estaba aprendiendo del mundo cruel que adivinaba, allí cada uno iba a lo suyo.

Hasta ese momento, no había valorado su indiscutible aportación en el negocio, y apenas había recibido un dinero para comprarse unos zapatos y poder invitar a Giuliano a comer durante dos o tres días. También sabía que Havishead debía guardar el dinero en una caja metálica en la metía sus joyas y que cerraba con combinación numérica, que a su vez guardaba en un cajón que cerraba con llave. Procuraba que Jodi no estuviera en la habitación cuando sacaba dinero de allí, pero la chica la había visto a través de la cerradura de la puerta y en una ocasión había entrado inesperadamente, con el alegre ímpetu de la juventud, y había recibido una buena reprimenda mientras veía a su impostada tía cerrar apuradamente el cajón de la cómoda. Entonces había empezado a entender una cosa: que Havishead tenía muy claro lo que quería y no podía fiarse de ella, pero le molestaba la desafección que la invadía y, de alguna forma contradictoria, le hubiese gustado que siguiera todo igual.

Para Giuliano no fue tan asombroso que ella compartiera con él aquella preocupación, no siquiera que hubiese empezado a sentirla desde que le pidiera a Havishead que le diera algún trabajo, por pequeño fuera y ella le respondiera que no entraba en sus planes. Podía hacer de chofer, de secretario o de amante, lo que fuera.

- -¿Llegaremos a Navidad juntos? -le preguntó Jodi al que ya consideraba su pareja.
- -Creo que sí. Siempre y cuando Havishead no te cases con un millonario árabe dueño de muchos pozos de petróleo. Te regalaré un árbol lleno de figuras.
  - -¿Figuras?
- -Los italianos somos muy religiosos. El árbol es costumbre nórdica, y ya sé que puede representar el universo, de niño pensaba que las bolas eran planetas y las estrellas debían rodearlas. Mi madre me dijo que la estrella en lo alto era la señal del portal de Belén. Así que llenamos el árbol de figuras religiosas, y un niño con una mula, un san josé y la virgen en la maceta que lo sostenía.
  - -Dices cosas muy bonitas. ¿Cuándo te convertiste en un pillo? -preguntó ella.
  - -No creo que sea para tanto.

Pensar en la navidad en verano en una playa italiana era cosa de enamorados. Lo que Giuliano aún no sabía era lo que ella tenía en la cabeza y cómo sopesaba todas las posibilidades. Los que dicen que las mujeres no saben soñar porque tienen el sentido práctico de la responsabilidad muy desarrollado, se equivocan. Tal vez Jodi aspiraba a la seguridad, a crear un hogar en el que poder traer un hijo al mundo. Eso son sueños de mujer, y también de eso se trata el amor. A cualquier lector le parecerá difícil que Giuliano pueda encajar en esos planes, pero contando historias tan familiares sobre los adornos navideños, a Jodi no le resultaba difícil estimular su imaginación.

Los cuadros de Eluard eran cada vez más pornográficos. Le pedía que abriera las piernas y mostrará el pecho. Invitaba a algunos amigos a ver cómo pintaba, pero no era gratis. Cuando Giuliano se enteró de lo que sucedía montó un buen lío en el hotel. Le gritó a Eluard- y le tiró el caballete y los pinceles por el aire. Havishead no salía de su asombro, y Jodi parecía feliz porque aquella reacción era una demostración de amor. La escena fue muy violenta, pero consiguieron calmarlo y no le dejaron volver. A partir de entonces él pasaba las horas solo en su habitación hasta que Jodi podía bajar para estar un rato con él o invitarlo a café porque Havishead había abierto un poco la mano y le había soltado un billete de veinte euros; suficiente para unos días. Ya resultaba muy claro que la relación de Jodi con sus benefactores pendía de un hilo. Fue por eso que Havishead le repetía que no se podía trabajar así, que tenía que deshacerse de Giuliano definitivamente, pero ella

estaba en un estado de enamoramiento que ante la insistencia de su tía (a los ojos de todos), prefirió decir que estaba pensando en cómo arreglarlo, antes que llevarle nuevamente la contraria.

Jodi miraba a Giuliano con ojos de miel, dulzura irreal de un enamoramiento temprano. Ella creía que mientras demostraba su amor con la dulzura de gestos y caricias, él se mostraba claramente frío, casi indiferente. Le preguntó por qué era así.

-Creo que es el momento de que lo sepas, soy un príncipe italiano. Ya no hay sitio para la realeza decadente en las repúblicas. Mi familia tiene un castillo que cae, el tejado deja pasar el agua cuando llueve y una pared de piedra se vino abajo y dejó al descubierto dos habitaciones y el cuarto de baño. Desde niño me rebelé contra la planificación de mi vida. Un futuro planificado, lo que todos esperaban de mí. Por eso soy cauteloso si noto que alguien cercano, con mucha influencia sobre mí, cree tener la capacidad de decirme cómo tengo que vivir.

-Me tomas el pelo -dijo ella divertida por las ocurrencias de su amado-. Es una buena historia para después de un polvo.

Los dos permanecían en la cama a las espera de que Havishead volviera de su visita al marchante de arte. Cuando presintieran su vuelta, ella se vestiría se arreglaría y subiría a su habitación. Era fácil, desde su ventana asomándose un poco podía ver la ventana justo encima y si alguien la movía.

-Tenemos que irnos. Ellos tienen planes para mí. O me casan o me convierten en estrella de cine ligero, y no me van a preguntar

-¿Ves que no es tan extraño reaccionar contra lo que otros deciden sobre tu vida? Así es ella, pensaba Giuliano, con la apariencia de un cachorro frágil y desprotegido, pero dura como un diamante.

Preguntó sin miedo:

"¿Si eso es lo que quieres? ¿Estás completamente segura? Es una decisión radical, no habrá vuelta atrás.

La vio reaccionar apretando los labios, moviendo la cabeza y mirándolo fijamente.

- -¿Podremos sobrevivir? Yo no sirvo para hacer trabajos manuales y llenarte de hijos.
- -Se donde guardan el dinero. Ese dinero también es mío. No estoy en esto por deporte. Los amigos de Eluard que vienen a ver cómo pinta, también lo hacen por la modelo. Cada vez, esas visitas son más frecuentes. Hasta ahora no me molestaban, de hecho creo que me gustaba. Me sentía admirada, valorada, despertaba el interés de hombres bien situados, eso me daba una medida de mi valor. Entonces apareciste tú.
  - -El amor lo cambia todo, ¿No es cierto?

El asalto al cajón del dinero se produjo en una de las ausencias de "sus amigos". No necesitaron abrir la caja allí mismo, la metieron en un bolsa de deportes del decathlon y salieron del hotel vestidos de chándal, como si fueran al gym. Ella no era actriz, pero interpretaba su papel.

Cuando fue elegida de entre todas las chicas del bar -tal vez captada, aunque no se tratara de una secta-, era una de las pocas chicas, por no decir la única, tan lanzada para decir sí a un viaje, tan lejos y tan largo. No una de las primeras chicas que se deciden a buscar fortuna sin miedo a nada, pero al menos de algo estaba segura, no era una de esas que se casan por poderes sin haber visto al novio viejo y millonarios, nada más que en una foto, o aquellas otras que son llevadas para trabajar de animadoras de la noche en un bar de carretera y tienen que pagar el viaje con sus servicios. Durante el tiempo que había durado su asociación, y eso Eluard lo sabía bien y debería reconocerlo aunque nunca lo

haría, fue la musa de todas las que había pintado, que más admiración había despertado entre los viejos verdes que compraban sus cuadros.

Una tarde, al volver de uno de sus asuntos, Eluard y Havishead encontraron que le faltaba su dinero. La puerta de la habitación estaba abierta y habiendo empleado una fuerza arrolladora habían forzado el cajón y las joyas y el dinero habían desaparecido. Lo entendieron de inmediato, Jodi había puesto fin a aquel estado de cosas y afinidades son dejar espacio para futuros reencuentros ni colaboraciones. Era un pensamiento inducido por la piedad que sentían por sí mismos en aquel momento, nunca había recuperado a ninguna de las chicas para volver a trabajar con ellas. El fruto de un año de trabajo se había ido en aquella cajita metálica. Tampoco podrían hacer intervenir a la policía hasta las últimas consecuencias, porque no podrían explicar de dónde había salida aquel dinero, y siendo ellos quienes eran, no les convenía agitar un cajón publicitario con sus caras en las portadas de un periodico.

Jodi y Giuliano se separaron unos meses después. Él recibió una carta de su familia, querían vender su casa de campo pero lo necesitaban para que dirigiera una reparación general. Le ofreció a Jodi una parte en el beneficio si ponía su dinero para los arreglos, ella dijo que no y el italiano muy enfadado se marchó sin decir ni adiós.

Jodi volvió a ver a Teddy y recuperó a su gato Cacilio. El chico la abrazó, la besó y se le escapó una lagrimilla. Su novio que observaba se lecquedó mirando, cuando cerró la puerta y quedaron solos, se secó las lágrimas y le dijo, "¿Qué pasa? Lo gay no quita lo caballero"?".

Y está es la historia de cómo una chica de pueblo puede alternar y relacionarse en los ambientes más selectos, porque en realidad, los más marqueses más delicados jamás entenderán que sus prejuicios son motivo de desprecio, y a los seres más comunes los eleva con una fortaleza que nunca entenderán. Estoy seguro de que si Jodi no se hubiese enamorado y hubiese seguido los consejos de Havishead, con sólo teñirse de rubia platino hubiese conquista una parte de las fiestas en las que se movían los más ricos productores del celuloide.


**FINAL** 



## Muerde o muere

Para Jeder era muy duro ser guardia de seguridad, sobre todo porque había pocos trabajos que podía realizar por su peso. Debía aceptar sus limitaciones en su nuevo desempeño y compartirlas con sus compañeros que eran racistas y votantes del partido de moda de ultraderecha. Intentaba soportar con inteligente indiferencia pesar ciento treinta kilos y ser de raza negra. Asistía con frecuencia al psicólogo y era de ayuda, pero aún no había conseguido evitar que imaginara que todos, en el gimnasio y en la oficina se reían a sus espaldas. Tampoco había conseguido evitar las voces que la llamaban miedosa, voz de pito o lentorra, pero las voces no le preocupaban, le hacía menos caso que a las críticas de Yavaney, un cubano bailón que había estado unos años en el ejército para consolidar su nacionalidad y el amor a la patria. Yavaney tenía otro turno, pero si se lo cruzaba no era el tipo más agradable del mundo, la ridiculizaba y le hacía gestos obscenos. Con Butcher no tenía problemas de carácter o personalidades encontradas, no buscaba el choque, era su referente y compañero directo en el centro comercial, pero no podía pensar que se aprovechaba de ella todo lo que podía en asuntos como horarios (solía llegar tarde), le comía las galletas de la taquilla, le pedía que lo llevara a recados (porque claro, él no tenía coche), le pedía que le cubriera los informes, que mintiera por él delante del jefe Slim y ese tipo de cosas. Pero el motivo principal de sus visitas al psicólogo tenía un sentido más profundo. Había perdido dos niños prematuros, como si su organismo se negase a ofrecerle la posibilidad de tener un hijo, como si no la considerase preparada para asumir esa responsabilidad y pudiera confabularse con su vientre en su contra. Pero cuando le contó al psicólogo que su marido la había abandonado mientras estaba recuperándose de el segundo aborto, no pudo evitar ponerse a llorar y que el loquero se enterneciera y la abrazara. Ella no sabía si solía hacer eso con otros pacientes, porque los dramas seguramente desfilaban por su despacho a diario, pero si era así, no debía ser muy profesional. De cualquier manera, fue muy reconfortante, y los brazos del doctor Helmer, eran blandos, grandes, calientes y ofrecían unos abrazos como no había sentido nunca antes.

Una tarde, justo cuando las terrazas de los restaurantes de comida rápida ofrecían postre gratis y los clientes se relajaban tomando pastel o helado, Jeder llegó con su bolsa de deporte y de camino para el cuarto de taquillas se paró en escaparate de la joyería. Ya que nadie le iba a comprar un anillo de compromiso había decidido que esa navidad se iba a regalar a sí misma una pulsera de plata de primera. Por aquel tiempo, alguien le había dicho que la joyería funcionaba bien, tenían un seguro para clientes habituales y el género era de primera. Así que allí estaba, embobada viendo las pulseras, entre los anillos y los relojes, atravesando su reflejo en el escaparate, cuando reparó en un tipo que llevaba un cuchillo de carnicero y a cara descubierta intimidaba a la empleada. Aún no se había ganado el derecho a llevar arma, en eso también competía con Yavaney. La antigüedad en la empresa les daba muchos derechos, estabilidad y acceder al cuarto de cartucheras. Aunque no lo reconocerían, estaban en un periodo de formación que los hacía competir por un puesto, aunque era posible que tanto ella como Yavaney pasaran de pantalla, como decían los más jóvenes empleando un término de los videojuegos. Si se tratará de un juego, en ese instante

preciso, pasar de pantalla sería entrar en la joyería e intentar disuadir al caco de sus intenciones, o detenerlo, cesó ya serían cien puntos extra y bola de partido. Un atraco no era algo que sucediera con la regularidad de un coro de villancicos pasando la gorra -a los chicos tenía que indicarles que no estaba permitido, y alguno podía amenazarla con darle con su guitarra, pero al final entraban en razón-, por eso, cuando entró en la joyería le temblaban las piernas. Nadie le había dicho que se pondría tan nerviosa, pero los fachas del club de tiro se lo notaban por eso le decían, "miedicas a ver si no cierras los ojos en combate", ¿En combate? ¡Vaya tipos pretenciosos!. Tampoco era buena en lucha por desagravios, y Yavaney se aprovechaba para intentar que fracasase en su aspiración de tener un trabajo estable. En los periodos de más debilidad hubiese permanecido en la puerta esperando que el hombre de la sudadera intentara salir, para no permitírselo, pero como había comido bien entró y lo que pasó a continuación nadie, ni ella misma se lo esperaba. Le pidió que dejara las joyas y se fuera sin alborotar y tuvo que forcejear. Cuando recibió el primer corte en una mano y al ver la sangre se desmayó sobre el atacante. No fue difícil que cayera bajo su cuerpo, tenía todo el aspecto de ser un yonki de heroína, muy delgado y sin dientes ni dinero para sobrevivir un día más. Para un segurata sólo hay una cosa peor que un yonki, y eso es un robagallinas. Casi lo deja sin sentido con el golpe y Jeder se desmayó. El cuchillo salió disparado hacia la dependienta que parecía la menos asustada de los tres. Cuando despertó Butcher había puesto unas bridas con las manos en la espalda y a ella, una enfermera le ponía una venda y desinfectante en el corte. En los casos más violentos que se daban en el centro comercial, siempre los peor parados habían sido los extraños en busca de pendencias. Era como una ley no escrita, la contundencia con los violentos impediría que volvieran, pero en este caso, no sé si Jeder tuvo eso en cuenta al desmayarse sobre aquella sílfide. Ni siguiera podemos saber si había observado el orden de intervención aplicable en estos casos, primero observar, mostrarse firme e intervenir, pero, desde luego, dejar sin respiración a aquel delincuente y que tuvieran que llevarlo en ambulancia, iba a ser un elemento disuasorio para otros con intenciones parecidas cuando lo leyeran en la prensa local. "Pobre hombre", pensarían, y se compadecerían del pobre cuerpo aplastado de la víctima, ladrón y agresor primero. A pesar de las reticencias de Jeder, todos insistieron en felicitarla, incluido el jefe Slim. Aquello fue muy embarazoso para ella porque no recordaba nada. Slim sabía que no se había portado muy bien con ella y la había tratado sin corrección hasta el momento, posiblemente con un tono más despectivo de lo que era habitual en él, por eso, aquel suceso debería cambiar eso o quedaría como un ingrato y un idiota. Tal vez por eso la felicitó delante de todos. A Jeder se le había arreglado el día, ¡Nadie estuvo más feliz ni animado que ella hasta que al acabar su turno volvió a su apartamento!

La habitación principal no tenía alfombras y las paredes estaban desnudas. Ni siquiera había rastros de polvo o sombras de que en otro tiempo los hubiera, de hecho allí estuvieran unas fotos muy personales de su ex, pero las había retirado porque le resultaba doloroso recordar aquellos momentos. Helmer le había dicho que la mayoría de los desequilibrios emocionales llegaban a sus pacientes por malos recuerdos, y qué olvidar el pasado era una demostración de madurez muy saludable. Tal vez era la mejor forma de volverse insensible, pensaba ella, y el doctor le aseguraba que si no quería sufrir tenía que endurecerse. El viejo debate sobre la piedad y el hombre que debía asumir sus responsabilidades (o mujer), estaba sobre la mesa. En una mesa había un ajedrez y contra una pared dos estanterías diáfanas y muy limpias, fregadas y enceradas. Sólo el suelo brillaba más que aquellas estanterías, y si la forma en la que vivimos dice mucho de nuestro

equilibrio emocional, un ambiente tan controlado expresaba poca o ninguna intención de complicarse románticamente de nuevo.

Cuando contrataron a Jeder le pidieron un curriculum y le hicieron pruebas físicas, lo que no tuvieron en cuenta fue si su cabeza funcionaba bien. Tal vez fue una de las candidatas mejor puntuadas. No es fácil llegar a saber cómo se corrió la voz. Es posible que alguien la viera entrar en el portal con la placa en la puerta, psicólogo segundo piso. A partir de ahí empezaron los problemas, las desconfianzas, los cuchicheos, y Yavaney frente a los últimos sucesos, "Felicidades loca, casi lo matas".

En su calle, durante los últimos años, había sido una persona reputada y respetada, tal vez por su carácter. No tenía armas, no las consideraba necesarias, aunque muchos de sus compañeros tenían algún arma sin declarar, en el calcetín o a la espalda. También, durante un tiempo, dio clases de defensa personal en la asociación de vecinos porque se lo pidieron. Dejó de hacerlo porque ni siquiera a ella le salían los movimientos que exponía, y porque solían terminar la clase en el bar. En su calidad de profesora de artes marciales, y con el apoyo del presidente de la comunidad, se había acostumbrado al gimnasio y tenía una llave que le permitía entrenar fuera de horas. No se esforzaba mucho, pero Helmer la había convencido que tener rutinas y respetarlas le ayudarían en su equilibrio. En su apartamento se tocó el estómago. Había sido una enorme caída. Se frotó, dolía. Al mirarse en el espejo comprobó unos hematomas en los que aún no había reparado. Cogió la bolsa de deporte y salió para la asociación. De nuevo habían forzado la puerta pero no les había dado tiempo a llevarse nada.

Tony intentaba componer el estropicio. La miró con resignación.

- -Estos chicos son un desastre. No es raro que siempre aparece un grupito dispuestos a desafiar a sus padres y a la policía. Deberías volver a dar clases, eso crearía la sensación de seguridad y protección que echamos de menos.
- -¿Sabes cómo empiezan a meterse en líos? Porque nadie los apoya -estimó Jeder ayudándole a mantener la cerradura en su sitio mienta le ponía un par de tirafondos-. Discuten, desafían, buscan el enfrentamiento, tienen que pagar sus vicios, y ya sólo pueden solucionar sus problemas con amenazas y violencia.
- -¿Dicen que detuviste a un tipo en la joyería? Ojalá pudieras pillar a estos gamberros. Helmer le había dado unas pastillas para dormir que le iban muy bien por eso. Desde entonces había dejado de pedirle a Tony que le vendiera hierba de la que cultivaba en la bañera de su piso. Hacía ya tiempo que no tomaba más que pastillas, la sensación de bienestar la ponían de buen humor. Tony tenía que aceptar que tal vez había dejado el vicio, por primera vez y sin que sirviera de precedente le ofreció un precio especial. Al responder que ya no le hacía falta, Tony creyó haber oído mal. Lo vio recoger su bolsa de deporte con la misma naturalidad con la que le había contestado. Esa noche ya no le apetecía esforzarse con la cinta de andar y correr. A Tony se le entumecían las manos y no pensaba con claridad, el mundo seguía en movimiento cuando él no estaba presente, y luego le llegaban con sorpresitas que no le gustaban.
- -¿En serio? -Jeder sonrió. Tony ya estaba seguro de haber escuchado perfectamente. Con toda claridad Jeder había rechazado la posibilidad de fumar un poco de hierba antes de dormir.

Entró a comprar tabaco en el bar de siempre y allí coincidió con Butcher.

- -¿Cómo va la mano? E preguntó.
- -Va bien, escuece un poco. Lo normal en estos casos.

-Deberías hablar con Slim para que te dé unos días. Debes tener el torso machacado -Sugirió Butcher-. A él le gusta parecer generoso en estos casos. Dile que te duele al respirar.

-Es cierto que me molesta al respirar, pero quedarse en casa es agobiante.

Butcher se refería a esa necesidad que él sentía de rebajar el estrés con unos días libres, pero Jeder no pensaba igual ni estaba tan nerviosa.

-Gracias por la venda. Estuviste rápido inmovilizando al pavo. Cuando haces falta llegas a tiempo .

-Eso no te lo crees ni tú. Soy un desastre con el reloj.

Gracias a la conversación no prestaban atención a la corriente de aire que se colaba por la puerta cada vez que alguien entraba o salía. Además, el bar tenía la calefacción a mil y eso los relajaba. Un hombre con cara de preocupación y lleno de inquietud, se acercó al camarero para pedirle algo de comer porque no tenía dinero. Jeder le pagó un bocadillo y un refresco.

-¿Sueles hacer eso?

-No en todos los casos, sólo a veces. No soportaría otro atraco en menos de veinticuatro horas.

Su forma de hablar era la incipiente promesa de la amistad que se fraguaba, expresión bastante franca de dos compañeros recientes en su trabajo y que se caen bien desde el principio. A veces existe más comunicación que desconfianza, no era difícil con Jeder, aunque Yavaney no lo pensara.

No había sido un buen día a pesar de las felicitaciones. Su trabajo tenía esas cosas, pero las circunstancias no iban a hacerle perder el control. Esa noche durmió como un lirón.

Toni por la mañana llamó a un cerrajero y al dueño del gimnasio alquilado. Se había asignado a sí mismo el papel del presidente responsable. Le gustaba creerse importante y sentirse solicitado o tenido en cuenta, era su naturaleza. Nadie creía que tuviera tanta influencia en la comunidad como pretendía, más bien parecía que lo soportaban porque nadie más quería presentarse cuando fueran las elecciones; al menos está había sido la dinámica desde siempre.

Custodio no tardaba cuando Toni lo citaba por algún problema con su propiedad. En una ocasión de lluvia torrencial, había entrado agua por debajo de la puerta y no había dudado en remangarse la comida de marca y ponerse a achicar agua. En esta ocasión, al ver el cerrojo reventado, llamó inmediatamente al seguro, pero se enfadó mucho, y aseguró que si seguían dándole problemas tendría que subir el precio del alquiler. Explicó a los presentes, que el dinero que ganaba no compensaban los enfados, el gasto de materiales y los disgustos que se llevaba.

El cerrajero fue rápido y lo convenció para poner una cerradura nueva. Por desgracia muchos vecinos ya no pagaban las cuotas, y los jubilados, esos si que le sacaban algún partido, pero pagaban cuota reducida.

Sancha llegó para ver cómo iba todo. Desde ese momento, Toni empezó a sentirse incómodo, no podía evitar sentirse controlado por su mujer.

Si Toni no estaba contento con el alquiler, Sancha parecía muy descontenta por el trabajo que le daba, a ella y a Toni, llevar los libros, atender quejas y desperfectos, nadie parecía feliz en ese lugar. Fue a continuación cuando discutieron y Tony se sintió como si estuviese dando el espectáculo para que los presentes y los que pasaban pudieran reírse de él.

Recordaba con qué cariño se expresaba ella cuando eran jóvenes, y no podía aceptar como habían cambiado las cosas y que pudiera ser para siempre.

Custodio tenía un hijo que no se dejaba ver, en ocasiones desaparecía incluso para su padre durante días, pero en esta ocasión llegó con cara de pocos amigos -esto tampoco era tan extraño en él que solía presumir de su posición de heredero universal de las riquezas conocidas y desconocidas de su padre. Por eso aprovechaba cualquier ocasión, cuando Custodio no estaba presente para aclarar, "este gimnasio es mío y me lobestán rompiendo, cuando mi padre lo ponga a mí nombre lo voy a cerrar", una mona a la que nadie le hacía caso. Él se creía astuto, pero era todo fuerza bruta violenta, sin control humano ni de sus instintos, liberado de cualquier remordimiento responsable y sus amigos eran como él, sin virtud ni aspiraciones. Se arrimó al grupo y parecía que sólo escuchaba, nadie podía imaginar que estaba tan interesado en saber lo que se cocía porque el responsable del estropicio había sido él. Cuando estuvo seguro de que nadie sospechaba que el autor andaba tan cerca se fue por qué había quedado con un tipo que lo quería meter en un negocio de mover y blanquear dinero negro.

Desde que empezará a asistir a terapia con el doctor Helmer, había pasado ya nueve meses. En ese tiempo, él se había divorciado y se había cambiado de domicilio, por lo que ella ahora acudía a una habitación recién pintada, en la que había llevado el viejo diván. Apenas notó la diferencia si no fuera porque estaba un poco alejado y le gustaba ir andando. Le gustaban los hombres mayores y el la trataba como una diosa. Cuando le preguntaba qué tal se estaba, ella respondía ¡Divina!

Por primera vez, en aquellos nueve meses la tocó, y fue para ayudarle a poner la cabeza sobre un cojín que había ido a buscar a otra habitación. Helmer boneta como los demás hombres que conocía. En realidad le había durado más aquella relación que las citas a ciegas que le proponía Butcher. Había quedado con dos de sus amigos, y eran tipos muy resueltos. No había lugar a confusión con ellos, ¿pero dónde quedaba el misterio? Helmer levantó su cabeza con cuidado y rozó una de sus orejas. ¿Había sido fortuito?

Así que el divorcio le sienta bien al doctor -pensó Jeder-, la libertad está funcionando. Bastaba dejar de sentirse oprimido por sus pacientes, sus responsabilidades y su matrimonio, para empezar a respirar. Ahora el deseo corre peligro si una parece demasiado desinteresada.

-Usted debería ir pensando en otra mujer -el doctor le había dado tanta confianza, cuando ella le contaba sus intimidades, y profundizando en ellas le había hecho las preguntas más escabrosas, que ahora ella reaccionaba de modo parecido-. Me estoy comportando como si el doctor fuera yo. Bueno, usted aún es joven y muy deseable.

-¿Lo parezco? Bueno, me agrada que a ti te parezca tan...

-¿Apetecible?

Creía estar mostrando una parte de ella que Helmer desconocía, era directa hasta donde le permitía el decoro, parecer una atrevida no lo había hecho nunca, pero desde que había sido abandonada -eso sí había sido un desprecio que no podía perdonar-, tuviera un par de citas en una plataforma de parejas liberadas, y estaba cambiando su visión sobre las relaciones humanas. Helmer lo sabía y no le había dicho que fuera tan malo como algunos creían, sólo tenía que intentar ser equilibrada. Estaba siendo clara, explícita. Lo intentaba, al menos que quedara claro cuánto le gustaba. En cambio él, aparte de rozarle las orejas de nuevo con el truco del cojín, no parecía avanzar. De nuevo sintió un calor incontenible.

-Tiene la piel en las manos tan suave como la de otras partes del cuerpo menos expuestas -si no entendía eso entonces sí que se estaba volviendo loca.

Helmer no reaccionó bien, retiró sus manos rápidamente, carraspeó y se retiró a sentarse detrás de la enorme mesa de despacho. Hizo que escribía.

-¿Quiere que le cuente si me siento atraída por algún hombre? Me preocupa parecer demasiado retraída y que los hombres no me entiendan -el doctor volvió a carraspear, y guardó un incómodo silencio unos segundos.

-Creo que ha sido una sesión muy productiva. La próxima vez lo tomaremos en el punto que ahora lo dejamos. Podemos hablar de eso sí lo deseas. Pero se ha terminado el tiempo, va a ser mejor parar ahora tengo que procesar tanta información.

Cuando Jeder se levantó del diván, él se apresuró a ayudarla con su abrigo y terminó con sus manos frotando sus hombros. No tocó sus orejas por un milímetro, y dijo -¡Ánimo!

## Personajes,

Yavaney la competencia, Jeder, Slim el jefe, Butcher el colega, Helmer el médico, Tony el presidente, Custodio el dueño, Sancha la mujer del presi, .

